

# Construyendo el socialismo en Euskal Herria

*Iñaki Gil de San Vicente - La Haine*

El colectivo Ekimen Komunista nos ha pasado a los participantes en la mesa redonda que se va a celebrar el próximo 14 de Junio, bajo el título “**Cuestión Nacional y Socialismo ¿Estrategia de aplazamiento o necesidades inaplazables?**”, las siguientes preguntas:

1. **¿Qué se puede entender por socialismo en pleno siglo XXI?**
2. **¿Actualmente, es viable económicamente el socialismo vasco en un marco europeo?**
3. **¿Qué clases sociales pueden estar interesadas en el socialismo?**
4. **¿Qué caminos y qué costes tiene? ¿Cómo se interrelacionan la cuestión nacional y el socialismo?**
5. **¿Relaciones entre la resolución del conflicto y la vía al socialismo en Euskal Herria?**

Antes de pasar a responder a las preguntas, estimo que es necesario hacer unos comentarios sobre el título de la mesa redonda: “*Cuestión Nacional y Socialismo ¿Estrategia de aplazamiento o necesidades inaplazables?*”. ¿Qué se quiere decir con eso de “*estrategia de aplazamiento*”? Es verdad que uno de los efectos más dañinos legados a los revolucionarios actuales por la larga dominación ideológica que ejercieron, primero, la socialdemocracia; después, el estalinismo y, por último, el eurocomunismo, fue el de instaurar un corte total entre el presente y el futuro en las luchas sociales, en las de los pueblos oprimidos, de manera que una cosa era el socialismo en el futuro, cuando se “tomara el poder” y cuando se pudieran imponer “desde arriba” todas las medidas revolucionarias; y otra cosa era el qué se hacía en el presente, mientras no se tenía el poder político-estatal.

Se estableció así un corte absoluto entre el ahora y el luego, y lo que es peor, desde una perspectiva de la continuidad del proceso revolucionario, se levantó un muro que aislaba e incomunicaba un momento del otro. A partir de aquí, en el presente sólo se podía hacer una mera acumulación de fuerzas tácticas para ir preparando la “toma del poder”, momento que suponía un cambio absoluto e irreversible con respecto al pasado.

Tras la “toma del poder” se entraba en otro universo, en otra realidad que no tenía nada que ver, o muy poco que ver, con la anterior. Era tal la importancia de este salto que, por esa misma trascendencia, quedaba justificada toda espera, toda posposición y todo aplazamiento de las tareas revolucionarias que se pueden hacer en el presente para no poner en riesgo el éxito del salto al poder. O sea, desde esta concepción, quedaban justificadas tanto la espera indefinida a un tiempo mejor como incluso la claudicación ante la burguesía en todas aquellas situaciones que pudieran incomodarla. Una vez tomado el poder sería otra cosa, pero mientras tanto había que “ser realistas”, “comprender la situación objetiva”, etc., y no dejarse arrastrar por el voluntarismo que sueña con acortar las etapas del recorrido. Esta tesis no negaba ni niega la importancia de las pequeñas conquistas, de la mejora de las condiciones de vida, de las victorias en luchas parciales, pero insiste en que esas luchas nunca deben poner en riesgo las alianzas estratégicas y tácticas destinadas a acumular fuerzas para el futuro triunfo. La lucha en el presente debe estar supeditada, por tanto, a un futuro que debe llegar.

No hace falta decir que estas tesis son la esencia de la denominada “vía etapista”, “gradualista” o por fases separadas. Vía que siempre, y hay que insistir en lo de siempre, ha sido consciente o inconscientemente reformista, pero siempre reformista en la práctica y, en definitiva, en los

resultados últimos. A esta tesis se le ha opuesto la contraria, la que planteaba no había que perder el tiempo con luchas parciales, con pequeñas acciones dirigidas a mejorar problemas del presente porque, por un lado, eso reforzada de algún modo al sistema y, por otro, desviaba a la gente de los objetivos estratégicos. Aunque admite esta tesis que las luchas por reformas sociales pueden ayudar a la revolución, sin embargo hay que ser muy críticos con esas luchas porque tienden a fortalecer al sistema y, por tanto, incluso pueden darse casos en los que los revolucionarios no tienen que luchar por esas reformas sino dejar las cosas como están para que la “aprenda la gente”, pues “cuanto peor, mejor”.

Hago esta reflexión sobre la primera parte de la pregunta de los organizadores para mostrar su importancia histórica, pero también para adelantar una de las críticas que ha sufrido frecuentemente la izquierda abertzale desde sectores que autoproclamándose de izquierdas, y frecuentemente los “más de izquierdas”, nos han acusado de priorizar el etapismo y el presentismo para no asustar a la pequeña burguesía, incluso tampoco a la burguesía vasca.

Pero también quiero decir algo sobre la segunda parte, la de “*las necesidades inaplazables*” porque, así expuesta la frase, no hay nada que objetar en el sentido que ya desde ahora mismo debemos luchar por la satisfacción aquí y ahora de esas “necesidades inaplazables”. Tampoco hay nada que objetar al concepto de “*necesidades*”, al contrario, porque el concepto de necesidad o mejor decir la dialéctica entre libertad y necesidad es básica en el marxismo. Lo que sí es problemático, en el buen sentido de la palabra, es lo de “*inaplazables*”. Me explico: inaplazable es lo que no se puede aplazar y posponer, lo que se define como necesidad vital, y es obvio que no se puede esperar un segundo más, no se puede perder más el tiempo en la lucha contra el terrorismo patronal, contra el terrorismo machista, contra la precarización, etc.; estas y otras luchas son manifiestamente inaplazables, y aguardar siquiera un instante para comenzarlas es un acto de traición a la humanidad trabajadora. La cuestión a debatir radica en otro aspecto: el de la estructura de poder, en concreto, en el problema del Estado y de los instrumentos de la clase dominante destinados a derrotar y reprimir las luchas y a fortalecer su explotación.

Dicho escuetamente “*necesidades inaplazables*” en una frase en la que antes se ha hablado de “*aplazamientos*”, mucha gente puede entender que hay necesidades sociales que pueden ser resueltas dentro del capitalismo, antes de la construcción de un poder popular y de un Estado cualitativamente diferente al burgués. Y es esto lo que hay que precisar: de qué necesidades concretas hablamos, porque muchas, las esenciales y definitorias, nunca pueden ser resueltas dentro del capitalismo; otras más sí, pero dependiendo de la correlación de fuerzas en la lucha de clases y en especial de la existencia de un contrapoder popular que intimide lo suficiente a la burguesía para que no intente echar atrás, derrotar las conquistas que garantizan la satisfacción de esas necesidades, satisfacción siempre transitoria, incierta e insegura mientras exista el capitalismo. Hablaremos de todo esto en las respuestas a las preguntas.

## **1. ¿Qué se puede entender por socialismo en pleno siglo XXI?**

Por socialismo en el siglo XXI se puede entender esencialmente lo mismo que se entendía a partir de la década de 1860. Esta respuesta tiene la virtud de plantear más interrogantes de los que responde, y por eso la he hecho así. Lo primero que quiero remarcar es qué entiendo por “esencialmente lo mismo”. Karl Marx dijo que si la apariencia fuera lo mismo que la esencia, no haría falta entonces investigación científica. Lo esencial de una cosa es el conjunto de relaciones y propiedades estables, elementales y más profundas, que la identifican como tal frente a las demás y al margen de los cambios que puedan darse en su forma externa, en su apariencia y fenomenología. En el socialismo, la esencia es el conjunto de principios teóricos elaborados a partir de las luchas de clases dentro del capitalismo; principios que definen las contradicciones antagónicas e irresolubles del capitalismo, es decir, que no se pueden resolver

ni superar nunca, sólo paliar y aliviar durante un corto tiempo, porque son esenciales, consustanciales y necesarias para la existencia de la burguesía.

La creación teórica del socialismo es la síntesis dialéctica de, como mínimo, cinco bloques de prácticas sociales, colectivas y de clase: Una, la práctica de la lucha de clases en cuanto tal al nivel internacional existente en el siglo XIX. Otra, la práctica de militancia revolucionaria de los revolucionarios que elaboraron esa teoría, especialmente la militancia organizada de vanguardia tanto en la clandestinidad como en el exilio y siempre bajo la vigilancia de la policía internacional. Además, la crítica de la teoría política francesa tanto en su forma burguesa como del socialismo utópico. También, la crítica de la economía política burguesa, primero en su forma clásica y luego en su forma vulgar y torpe, la que actualmente defiende el neoliberalismo. Y para acabar, la crítica de la filosofía, especialmente de la dialéctica hegeliana realizada desde una perspectiva de izquierdas, desarrollando los contenidos materialistas que latían en el Hegel que se enfrentó al poder y que perteneció durante un tiempo a organizaciones secretas para eludir la represión. Estos cinco componentes interactúan entre sí y forman una totalidad a la que se fueron añadiendo con el tiempo varios más: la denuncia de la explotación de la mujer, el estudio de los efectos del capitalismo sobre la naturaleza, la superación del eurocentrismo y la apertura a otra visión del mundo, el estudio de los avances científicos, y, por no extendernos, el estudio de las nuevas teorías antropológicas.

El grueso definatorio y esencial del socialismo, es decir, de lo que le define como tal, estaba concluido a finales de la década de 1850 cuando se elaboró la teoría de la plusvalía, la que explica qué es la explotación, qué es el beneficio, por qué se produce, qué tiene que hacer la burguesía para aumentar su beneficio, etc. Pero, en líneas generales, será a partir de 1860 cuando ya el socialismo aparezca como la teoría, mucho mejor decir como el método y la guía para la acción revolucionaria, que muestra no sólo qué es el capitalismo sino sobre todo cómo luchar contra el capitalismo.

Y aquí tocamos un tema crucial y esencial: que el socialismo no puede definirse nunca si no se define al capitalismo, que no se puede nunca avanzar al socialismo si a la vez no se hace retroceder al capitalismo, pero que si el avance en el socialismo exige el retroceso simultáneo del capitalismo, si esto es así como veremos, ocurre que cuando el capitalismo termine de extinguirse el socialismo iniciará su tránsito al comunismo, pero sólo entonces, nunca antes. Quiere decir esto que el socialismo es la fase de transición entre el capitalismo y el comunismo: es el contrario antagónico que garantiza el agotamiento histórico de la explotación. Hay que advertir que Marx y Engels no precisaron con detalle las diferencias entre socialismo y comunismo, porque siempre se negaron a hacer teoría mientras no existiera la suficiente experiencia práctica acumulada pero dejaron las sugerencias suficientes como para, primero, seguir desarrollando ese método revolucionario; y segundo, empezar a precisar las fases históricas.

Visto esto, podemos decir que lo esencial del socialismo, lo que sigue siendo válido desde entonces hasta ahora y ha sido confirmado positivamente por los avances en la emancipación humana, como negativamente por las derrotas revolucionarias acaecidas, semejante base se puede definir con estos cinco puntos:

Uno, la propiedad privada de las fuerzas productivas lleva a la humanidad al desastre, al dilema de socialismo o barbarie, aunque también, y por lo visto desde mediados del siglo XX hasta ahora, al dilema de comunismo o caos; por tanto, es urgente acabar con la propiedad privada de las fuerzas productivas desarrollando la propiedad colectiva. Realizar este decisivo paso en la emancipación humana es tanto como revolucionar el sistema capitalista, es decir, destruir su Estado e instaurar un nuevo y muy diferente. Estamos hablando del problema del poder de clase, del poder de sexo y de Estado nacionalmente opresor. Esta esencia del socialismo es

irrenunciable: no es socialista quien renuncie a luchar por el poder popular, por el Estado obrero, por el pueblo en armas.

Dos, la propiedad privada es inseparable de la explotación de la fuerza de trabajo, es decir, del hecho cierto de que la inmensa mayoría de la humanidad sufre explotación para enriquecer la reducidísima minoría, a un puñadito de grandes burgueses que se apropian del producto del trabajo social. La plusvalía es eso: la riqueza que se queda esa reducidísima minoría a costa de la explotación de la mayoría. Pero acabar con la plusvalía exige acabar toda la estructura socioeconómica y política burguesa, especialmente con su Estado. Por tanto, el socialismo es eminentemente político, pero se trata de una política cualitativamente diferente a la burguesa porque es la política de las masas oprimidas, basada en la conciencia de que si no se acaba con el capitalismo éste precipitará a la humanidad al abismo de la barbarie y del caos, ya está empezándolo a hacerlo.

Tres, la humanidad trabajadora constituye la clase asalariada, el Trabajo; y la minoría propietaria de las fuerzas productivas constituye la clase burguesa, el Capital. La lucha de clases entre el Trabajo y el Capital es permanente, continua e inevitable, aunque no se vea públicamente durante períodos más o menos largos, siempre está latente, bulle de forma sorda; pero, tarde o temprano, siempre termina surgiendo a escena, irrumpiendo en la realidad diaria porque nunca desaparece la explotación, al contrario, tiende a endurecerse. Los períodos de la mal llamada “paz social” son siempre cortos, muy cortos, en la historia capitalista porque la burguesía no puede vivir sin la explotación y que el ser humano no es un buey masoquista, aunque la alineación que sufre puede mantenerlo pasivo durante bastante tiempo. De hecho, desde finales del siglo XVIII, cuando apareció el capitalismo industrial, la tendencia a escala mundial no es otra que la del acortamiento de los períodos de “paz social”, la de agudización de las tensiones de todo tipo, y la de endurecimiento militarista y fascista de la burguesía para mantener su poder.

Cuatro, esta tendencia responde a una característica esencial del capitalismo: la mercantilización social generalizada, o sea, la necesidad ciega e irracional de convertir el planeta entero, la vida misma, en una mercancía, en algo que puede ser vendido en el mercado. Y eso hace que la primera mercancía sea el propio ser humano, los pueblos del planeta, que son explotados y empobrecidos hasta la extenuación. A lo largo de su historia, el Capital ha ido oprimiendo a las masas trabajadoras, a los pueblos y a las mujeres en Europa, e inmediatamente en África y América Latina, al muy poco tiempo se lanzó contra Oriente, Asia y América del Norte.

La mundialización es esencial al capitalismo. Esto hace que en la clase que vive del salario, o sea, que en el Trabajo, cada vez tengan más importancia cuantitativa y cualitativa las mujeres y los pueblos oprimidos, más que las clases trabajadoras de Occidente, que también. Por tanto, la liberación de sexo-género y nacional son componentes imprescindibles objetivos y subjetivos de la liberación del Trabajo. El socialismo es inconcebible sin la emancipación de las mujeres y de los pueblos, más aún, la de los pueblos es inconcebible sin la emancipación de las mujeres porque el capitalismo está lanzado a la mercantilización de la vida misma, y la vida es patrimonio de las mujeres.

Y cinco, la absoluta e irreconciliable polarización antagónica entre el Trabajo y el Capital hace que la dialéctica entre democracia y dictadura se plantee desde otra perspectiva opuesta a la burguesa. Para el Capital no existe relación alguna ente dictadura y democracia, porque sólo admite su democracia, la burguesa, machista y eurocéntrica, mientras que niega todo contenido democrático a las luchas del Trabajo. Sin embargo, cualquier conquista popular es infinitamente superior en lo democrático a toda teatralización parlamentaria.

Lo que asusta a la burguesía es precisamente que cualquier conquista democrática práctica del Trabajo supone de inmediato una merma de la libertad burguesa, es decir, siente que en toda democracia popular por pequeña que sea, existe una dictadura contra el poder burgués, del mismo modo que el Trabajo sabe por experiencia que en todo derecho burgués hay una efectiva e intimidadora dictadura contra el pueblo trabajador. Un tema central al que volveremos parcialmente en la respuesta a la segunda pregunta y también en la respuesta a la quinta pregunta, es el del papel del contrapoder popular dentro de todo este proceso.

## **2. ¿Actualmente, es viable económicamente el socialismo vasco en un marco europeo?**

Pienso que esta pregunta refleja una confusión teórica. El socialismo es mucho más que un simple programa económico que puede ser viable o inviable. Siendo cierto que el socialismo tiene un proyecto económico: la superación histórica de la ley del valor-trabajo y del valor de cambio, la superación histórica de la mercantilización y por consiguiente el avance substancial en el superación del fetichismo de la mercancía y en la alineación, el desarrollo de la autogestión social generalizada, del cooperativismo obrero y socialista, el desarrollo de una economía pública sostenida en la socialización de las fuerzas productivas y en la paulatina extinción del Estado y su transformación en la administración de las cosas por los trabajadores asociados, el desarrollo de una forma de vida no consumista ni desarrollista sino acorde con los principios de la termodinámica y del internacionalismo proletario, etc., etc.; siendo todo esto y mucho más cierto, lo decisivo es que es socialismo es, sobre todo, la voluntad conscientemente asumida por la inmensa mayoría social de acabar con el capitalismo e inicial el tránsito al comunismo.

Esta última precisión es tanto más vital cuanto que la pregunta se plantea dentro del marco europeo actual, es decir, dentro del euroimperialismo y de la reordenación de las jerarquías burguesas internas. La respuesta no puede ser otra que la clásica tesis defendidas por todos los bolcheviques que dirigieron la revolución rusa hasta la segunda mitad de la década de 1920: no puede existir “socialismo en un solo país” a no ser de que exista un contexto internacional favorable, como lo demuestra el fracaso de la URSS y la tendencia actual de China Popular.

Sí puede existir mal que bien, con muchos sacrificios internos, un admirable proceso de tránsito al socialismo estancado por las presiones del imperialismo pero sobreviviente porque el Capital no ha decidido destruirlo militarmente, por las razones que fueran, como es el caso heroico y admirable de Cuba, el caso de Viet Nam y alguno más. Pero téngase en cuenta, en estos casos, de que hablamos de pueblos que tienen una impresionante conciencia nacional y amor a su independencia, que tienen su propio Estado y pueblo armado, sus relaciones internacionales, su política socioeconómica y monetaria, etc., y que no han vuelto a sufrir otra invasión militar imperialista en toda regla, masiva, feroz e implacable. Nuestra situación es muy diferente, pero las experiencias esenciales de la lucha de clases a escala mundial durante siglo y medio también son válidas para la liberación nacional y social vasca.

Dejando esto y volviendo a nuestra realidad, reducir el socialismo a un proyecto económicamente viable es retroceder al socialismo utópico, que creía que se puede realizar la “justicia social” con reformas económicas viables y aceptables por sectores burgueses. Pero el socialismo marxista dice que no puede existir nunca “justicia social” porque el salario es esencial e intrínsecamente injusto, más precisamente, el socialismo marxista sostiene que existen dos justicias opuestas, como dos éticas opuestas, la de los opresores y la de los oprimidos.

O sea, también existen dos criterios opuestos de definir lo que es “viable económicamente”; por ejemplo, para la burguesía una empresa es inviable y hay que cerrarla o venderla a otra empresa, o si no se quiere llegar a ese punto, hay que aplicar muy duras medidas contra los

obreros, reduciendo salarios, echando obreros al paro, etc., pero para los trabajadores esa empresa es viable si se aplican otros criterios diferentes y, sobre todo, si estos obreros tienen a su favor un poder estatal que aplica otra política diferente a la burguesa. Podemos seguir poniendo ejemplos de estos hasta el infinito, porque la cuestión de fondo radica en qué poder es el dominante, el burgués o el proletario.

Partiendo de esta imposibilidad objetiva y subjetiva de que existan “intereses comunes” que puedan definir lo que es viable de lo que no es viable, para quién es viable y para quien no, etc., entre clases sociales enemigas, el socialismo sólo puede ir avanzando en la medida en que todo programa económico desarrollado por los socialistas vaya orientado a unos objetivos imprescindibles. Antes de resumirlos muy brevemente hay que insistir en lo dicho ahora mismo: para los socialistas la economía se rige por criterios totalmente diferentes, opuestos, a los que tienen los capitalistas, y ningún programa socioeconómico realizado por socialistas -- marxistas, por supuesto-- se limita a lo que es económicamente viable sino que, partiendo de otra viabilidad, la integra en el proceso ascendente de movilización obrera y popular, de aumento del contrapoder y de coordinación de los contrapoderes, etc.

Antes de seguir debemos precisar que estamos hablando de un momento histórico en el cual el pueblo trabajador todavía no tiene el poder del Estado, que no sólo de gobierno, es decir, que todavía vive bajo la dominación capitalista, bajo su democracia de clase y bajo su correspondiente dictadura de clase. Sólo podemos hablar de socialismo efectivo cuando el pueblo trabajador posee y administra mediante su democracia el aparato de Estado.

Teniendo esto en cuenta, entramos ahora en un debate clásico y “eterno” en la historia del movimiento revolucionario, el de la dialéctica entre, por un lado, el llamado “programa mínimo”, conquistas tácticas, política de reformas y avance por fases, y, por otro lado, el llamado “programa máximo”, conquistas estratégicas, política de revolución y revolución permanente. En suma, se trata de la dialéctica entre reforma y revolución dentro de lo que muchos marxistas definimos como actualidad de la revolución, y que, con diferencias menores, aparece ya en Marx, Engels, el primer Kautsky, Lenin, Rosa Luxemburg, Trotsky, Mariategi, Gramsci, Mao, Ho Chi Min, Che, Argala, por citar sólo a algunos de los revolucionarios ya muertos. Una síntesis muy resumida y precipitada de lo que es su unidad de política estratégica sería esta:

Primero: la política socioeconómica defendida por una alternativa socialista debe estar complementada por y complementar a una política global destinada, primero, a llegar al poder aun dentro del sistema burgués y, segundo y fundamental, para asegurar desde ese gobierno en rápido y menos dolorosa avance posible a la instauración de un nuevo Estado, en nuestro caso, a la construcción del Estado obrero de la República Socialista Vasca. En el proceso de acumulación de fuerzas populares que sean el basamento de masas del gobierno socialista --que no del Estado obrero todavía-- es imprescindible que toda conquista democrática, toda reforma progresista, toda mejora de las condiciones cualitativas y cuantitativas, toda satisfacción de necesidades, etc., vayan siempre reforzadas internamente por la autoorganización correspondiente, y en especial por su autodefensa en forma de contrapoder.

No se plantea aquí nada extraordinario o raro en la historia de la lucha de clases, al contrario: ésta está repleta de estas experiencias en diversos grados de radicalización, extensión geográfica e intensidad política, lo que ocurre es que nuestra ignorancia y la censura burguesa de prensa nos ocultan prácticas que son más frecuentes de lo que sospechamos. Sin ir muy lejos, la experiencia vasca en movimientos populares y sociales, en autoorganización de toda serie de grupos, en creatividad de medios alternativos de prensa, etc., todo esto sólo es comprensible si se parte de esta tesis del contrapoder práctico.

Segundo: en esta dinámica ascendente, que en realidad es pura y dura lucha de clases, es decisivo que las propuestas socioeconómicas tengan también la capacidad de atraerse a los sectores alienados del Trabajo, especialmente a quienes siendo asalariados como el resto tienen un salario tan superior y una deformación ideológica tan dañina que creen ser “clases medias”, cuando en realidad son una fracción de la clase trabajadora con especiales condiciones de explotación. Toda la historia enseña que las “clases medias”, a las que ya se refirió Marx, son como una especie de goma que crece o decrece al son de los altibajos económicos del capitalismo, y también, dentro de la totalidad social, de las políticas deliberadas de los gobiernos burgueses por crear colchones sociales que amortigüen la lucha de clases, que sean reclamos materiales para debilitar al movimiento obrero y revolucionario, etc.

Las políticas socioeconómicas de los socialistas tienen muchos recursos para ir avanzando en esta capacidad de aglutinación y vertebración de un poderoso movimiento popular y de clase asalariada, que se presenta como único referente de futuro para esa “clase media” que sufre enormes presiones y cantos de sirena lanzados por la burguesía para impedir que se acerque a sus hermanos de clase. Simultáneamente a esta alternativa, también se han de mantener proyectos de atracción de la vieja y nueva pequeña burguesía, haciendo un previo estudio de lo que les separa entre ellas mismas y con respecto al pueblo trabajador. Si la “clase media” es una especie de goma, la pequeña burguesía es inestable e insegura por definición, oscilando de un extremo a otro, pero con ciertas inclinaciones hacia políticas de autoridad y orden que incluso pueden ser defendidas por líderes populistas e interclasistas. Por esto es tan importante no dejar este espacio social a la libre piratería de los demagogos burgueses y de sus políticas de atracción.

Tercero: conquistas imprescindibles e inaplazables de toda política socioeconómica socialista han de ser, como mínimo, la revertibración y recentralización de la clase trabajadora, para que recupere su capacidad de dirección; la multiplicación de los derechos sindicales sobre todo los referentes al control obrero; la reducción drástica del tiempo de trabajo asalariado para facilitar que el pueblo trabajador intervenga activamente en la vida política global; la conquista de los derechos de recuperación de empresas y otros medios de producción, etc., así como de todo lo que facilite la unión de las luchas populares y sociales con luchas obreras, y así un largo etc. Pero todas ellas, e insistimos en esta cuestión, deben buscar siempre el avance en las autoorganizaciones y en el contrapoder popular en cuantas más áreas mejor.

Es obvio que estas medias chocan muy rápidamente con los intereses patronales y burgueses porque tienden a debilitar de modo creciente la dictadura del salario, el poder empresarial, la sorda coerción del capitalismo, facilitando la centralización popular y obrera. Todo esto es cierto, y es inevitable que sea así, por tanto es bueno que así sea. Hay que partir de este carácter de inevitabilidad para prepararse, para tomar las medidas anteriores, para hablar claro, directo y conciso al pueblo trabajador, para decir la verdad y para decir lo que queremos. La verdad es revolucionaria y la experiencia muestra que los movimientos revolucionarios que han practicado permanentemente la verdad aunque sea dura y terrible a veces, tienen muchas más posibilidades de vencer que las medias tintas melifluas y hasta mentirosas del reformismo. Pero la verdad sólo vive si existe praxis, y esta exige bases de mejora material e inmediata, palpable, de las condiciones de vida del pueblo pero también en sus vida espiritual, cultural, ética.

Cuarto: la inmediata mejora cuantitativa y cualitativa de la forma de vida y trabajo, de estudio y de formación, de placer y de diversión, de las masas trabajadoras. Ya hemos hablado arriba de la reducción del horario laboral, pero esta conquista estratégica corre el riesgo de quedar en simple puerta al escapismo individualista e incluso a la acción reaccionaria si a la vez no hay una mejora de la vida político-cultural. Además de esto, existen actualmente muchas propuestas factibles y viables de potenciación de nuevos empleos, de nuevas formas de empleo a plazos y rotatorios, etc., que multiplicarán las ofertas de trabajos menos alienadores, con mejores

relaciones entre tiempo y salario, etc.; del mismo modo, las ayudas sociales no deben aparecer nunca como simples “ayudas” regaladas por el poder sino como auténticas devoluciones a sus propietarios de lo que éstos han producido con su trabajo directo e indirecto.

Un movimiento socialista puede desarrollar estos mínimos imprescindibles con la mira siempre puesta en la aglutinación de fuerzas progresistas. Sobre esta base, el proyecto socialista sí puede empezar a ser “económicamente viable” para las “clases medias” y para la pequeña burguesía, que siempre andan subyugadas y drogadas por las promesas de reducción de impuestos, libertad de explotación de sus pocos trabajadores, facilidades financieras, apoyo tecnológico, etc., aunque luego no se cumplan. Desde otra perspectiva diferente, el socialismo, antes de llegar al gobierno, puede avanzar en la atracción de estos sectores con otras propuestas diferentes. Más adelante, en la respuesta a la quinta pregunta volvemos a este tema para desarrollar con algún detalle la vital importancia del contrapoder en la dialéctica entre reforma y revolución.

Pero lo que nunca podrá hacer y tampoco deberá intentarlo es pactar con la burguesía. Con el Capital es imposible todo pacto, porque es peor que las hienas o que los escorpiones, seres inofensivos comparados con él. Toda política de acuerdos con el Capital se desliza desde el primer segundo por la caída libre de la colaboración de clase, excepto en aquellos casos en los que no se trata de acuerdos sino de imposiciones al Capital lograda por la presión de las masas, por el miedo que la burguesía puede tener a perder más si se resiste de lo que puede perder si acepta esas imposiciones; mas incluso en este caso son imprescindibles dos precauciones: mantener y aumentar la presión social y mantener activas todas las alertas para impedir la reorganización y la contraofensiva del Capital que siempre se está reorganizando porque es él, la clase burguesa, el propietario en exclusiva de su Estado.

### **3. ¿Qué clases sociales pueden estar interesadas en el socialismo?**

La enunciación de la pregunta muestra cierta comprensión blanda y débil de la teoría marxista de la conciencia de clase. El proletariado no tiene “interés” en el socialismo, tiene “necesidad” del socialismo. El interés por el socialismo es característico de las inquietudes intelectuales de los burgueses con remordimientos humanistas, los famosos “traidores a su clase”, y sobre todo para sectores de la pequeña burguesía que sufren una muy superior “angustia existencial” dada la inestabilidad típica de esta clase, que hace que oscile de un extremo a otro. No es casual que la inmensa mayoría de los políticos reformistas provengan de la pequeña burguesía y que hayan recorrido, por lo general, el mismo camino: del ultraizquierdismo libresco del estudiantado anti-todo, al reformismo blando y acomodado de los políticos profesionales tras pasar por un período de “realismo político”. A lo largo de esta decadencia su interés por el socialismo ha sido inverso a su interés por el dinero.

El interés por algo, lo que sea, surge siempre dentro de la estructura mental y de la personalidad creada por el capitalismo, que nos impone una manera de ver y valorar la existencia y el mundo basada exclusivamente en la mercantilización de todas las cosas. Tenemos interés por un coche más caro que lo que podemos pagar porque han creado nuestro consumismo, y además han dado una simbología patriarco-sexual a los coches caros para que los compremos de forma irracional, porque no tenemos una necesidad racionalmente analizada de ese coche tan caro. Exactamente lo mismo, en el fondo, pasa con las modas ideológicas con obsolescencia programada que cada pocos años la industria de la alineación lanza al mercado del esnobismo intelectual para consumo acrítico y superficial de los intelectualillos del sistema.

El “interés por el socialismo” también tiene parte de lo aquí dicho porque muchas de estas modas ideológicas de usar y tirar son pobres divagaciones abstrusas y abstractas --para impactar a simple vista-- sobre algo que llaman “socialismo” pero imposible de definir porque el



escribiente de la mercancía ideológica de turno no lo ha practicado nunca. Sin embargo, el “interés” verdadero y consecuente de algunos pocos burgueses y pequeño burgueses, es decir, de personas que viven directamente de la explotación humana, por el socialismo viene de una rara y extraordinaria capacidad de autocritica. Es muy difícil que quienes viven de la explotación de otras personas tomen conciencia de las causas de su forma de vida y luchen para superarlas porque, realmente, esa lucha es contra su propia forma de vida. Pero existen casos de esos y el marxismo los valora mucho porque confirman su teorías del papel del individuo en la historia y del decisivo papel en ella de la conciencia humana.

Ahora bien, que estas clases que viven de la explotación humana sólo tengan “interés por el socialismo” de esta manera, y en muy contados pero valiosos casos verdaderamente por la praxis socialista, esto no quiere decir que el movimiento revolucionario desprecie la lucha por atraerse a la vieja y nueva pequeña burguesía y por neutralizar las reacciones de la burguesía. Hay que partir del hecho incuestionable de que si bien la pequeña burguesía es muy reducida en el capitalismo desarrollado, pese a su pequeñez su influencia ideológica es bastante mayor, como también lo es la de la burguesía a pesar de ser incluso muchísimo más reducida en número. En la tarea de atraerse a la pequeña burguesía, o al menos en imposibilitar que en su seno crezca un movimiento conservador y hasta reaccionario, fascista, teledirigido por la burguesía, tiene especial importancia la cuestión del “interés por el socialismo” en el sentido de demostrarle que globalmente va a vivir mejor en una sociedad socialista que en una capitalista.

Pero ¿qué es “vivir mejor” para la pequeña burguesía en una sociedad en transición al comunismo? Recordemos que esta clase se caracteriza por explotar a muy pocos trabajadores, de entre 1 a 5, la gran mayoría de esta clase, o hasta a 10 los menos y según otros criterios estadísticos. Por su naturaleza insegura –muy poco negocios pequeño burgueses duran hasta la tercera generación--, y oscilante entre la izquierda y la derecha, esta clase tiene cierta propensión a las elucubraciones utópicas en el buen sentido, es decir, el de la utopía no reaccionaria.

La clase asalariada, que debe ser mucho más realista, debe utilizar estas y otras características para atraérsela no sólo mediante programas socioeconómicos que le convenzan de la necesidad de sumarse al proceso socialista, sino, sobre todo en un primer y decisivo momento, mediante un proyecto ético-político y sociocultural que sacie el vacío vivencial de esta clase, su angustia existencial dada al vuelque de un extremo a otro en busca de una respuesta “definitiva”, imposible en realidad. Como veremos, en esta oferta ético-política y sociocultural juegan un papel clave los sentimientos nacionales de la pequeña burguesía, sentimientos que el pueblo trabajador ha de analizar, depurando lo que tenga de reaccionario y asumiendo lo que tengan de progresista.

Aunque mucho más difícil y limitada de facto, esta misma estrategia ha de valer para azuzar el “interés por el socialismo” no ya del grueso de la burguesía, sino de algunos de sus sectores. No nos engañemos: como clase explotadora la burguesía se va a resistir al avance del socialismo en la medida de sus fuerzas. Desde sus inicios, el movimiento revolucionario ha buscado la posibilidad de una transición pacífica al socialismo, pero muy pronto se dio cuenta de que eso era prácticamente imposible. Partiendo de esta constatación, el movimiento revolucionarios ha buscado desde entonces avanzar al socialismo con el menor costo humano posible, es decir, buscando neutralizar cuanto antes la inevitable reacción burguesa por medio de diversas medidas que no podemos exponer aquí. Buenas parte de ellas consisten precisamente en aumentar ese “interés por el socialismo” en determinadas franjas burguesas tanto para dividir a la clase explotadora como para aumentar la legitimidad integradora del proceso emancipador.

Sin embargo, otra realidad totalmente diferente es la situación vital de la mayoría de la población, que en modo alguno vive de la explotación de otras personas sino que es ella la que

sufre esa explotación, bien de manera descarada y explícita, brutal incluso, si malviven con salarios de miseria, alta precarización, etc., bien de manera encubierta e implícita porque sus salarios medios y altos --las “clases medias”-- le sumergen en una vida aparentemente desproletarizada por su superior nivel de consumo. Hemos visto que el socialismo exige y conlleva la desaparición de la explotación capitalista, de la extinción del valor y de la plusvalía, de la dictadura del salario; es por tanto, algo que afecta a la misma esencia interna de la clase trabajadora, a lo que ella es en sí misma y al margen de las creencias subjetivas de sus miembros individualmente tomados.

El socialismo es una necesidad objetiva y subjetiva porque sólo él acaba con la moderna esclavización inherente al sistema del salariado. La clase social que vive del salario, que no tiene otros recursos de vida que la venta de su fuerza de trabajo, que si pierde ese salario durante mucho tiempo y tras gastar todos su ahorros y ayudas sociales y familiares que pueda obtener, se queda literalmente en la nada, teniendo que pasar al vagabundeo --crisis cada vez más frecuentes incluso entre flamantes técnicos, ejecutivos, “clases medias” y hasta vieja pequeña burguesía y en menor medida nueva pequeña burguesía-- o a la emigración, es esta amplia clase social la que puede estar interesada en el socialismo. En la sociedad capitalista desarrollada, en la que ha desaparecido prácticamente el campesinado, la clase asalariada forma la inmensa mayoría de la población.

Teniendo en cuenta lo aquí visto, decir que las clases trabajadoras se interesan por el socialismo es una forma en todo caso pre-marxista de plantear la dialéctica de la desalienación y de la toma de conciencia socialista de la clase trabajadora. Para la clase asalariada el socialismo es como pura necesidad inserta en la esencia genética de su malvivir diario, y la toma de conciencia de esa necesidad es el primer paso por y para su emancipación material, su desalienación; es decir, no se trata de “interesarse por” sino de tomar conciencia de la necesidad del socialismo, es decir de la lucha revolucionaria durante y en el interior del capitalismo, así como durante toda la larga y contradictoria fase histórica de transición al comunismo.

#### **4. ¿Qué caminos y qué costes tiene? ¿Cómo se interrelacionan la cuestión nacional y el socialismo?**

Que exista necesidad de una cosa no quiere decir que automáticamente se tome conciencia de esa necesidad. Desde hace mucho tiempo, particularmente desde la aparición del anarquismo, del marxismo y del psicoanálisis, se sabe que existen muchas razones que explican por qué no se da el salto de la necesidad objetiva a la conciencia subjetiva que de ella se tiene. Fue W. Reich quien planteó de forma sintética esta problemática al decir que la pregunta no era sobre por qué “roba” el obrero hambriento, sino por qué el obrero hambriento no “roba”. O sea, ¿qué cadenas psicológicas irracionales impiden que los obreros se apropien de las fábricas, los campesinos de las tierras, las mujeres del divorcio inmediato y de sus casas echando a sus exmaridos, los soldados de los cuarteles y, por no extendernos, el pueblo trabajador de las fuerzas productivas? Mejor aún, y para ir acercándonos a Euskal Herria: ¿por qué una nación oprimida no recupera en muy poco tiempo su independencia nacional?

Una de las lecciones aprendidas a lo largo de los decenios de lucha concienciadora radica en que la desalienación y la liberación producen preocupación, angustia y miedo en quienes tienen que romper las cadenas irracionales que les atan al pasado. E. Fromm ha hablado de la existencia del miedo a la libertad entre quienes sólo tienen que perder sus cadenas. Por poner un solo ejemplo: estudios indican que en nuestro entorno sólo el 20% de las mujeres maltratadas denuncian a sus maltratadores, y en otros muchos países ni eso; y todo indica que similar o mayor pasividad existe en el resto de violencias y opresiones, desde la familiar y doméstica, hasta la contrarrevolucionaria e imperialista pasando por la laboral, nacional,

racista, etc. ¿Qué tienen las cadenas que son tan atractivas? Pues que producen alguna seguridad en momentos de incertidumbre por el futuro, de riesgo de perder lo poco que se tiene, aunque sean esas mismas cadenas. Una vez aquí, vemos lo poco que sirve la tesis del “interés por el socialismo” para la clase trabajadora que puede tomar conciencia de la necesidad del socialismo si y sólo si comprende en su acción diaria y mediante conquistas prácticas que aumentan materialmente su calidad de vida, que el socialismo es la única alternativa para su vida.

Conquistar la libertad exige caminos duros que suponen riesgos personales, sobre todo cuando esa liberación llega al momento cumbre de tener que enfrentarse al poder que le oprime con los muy probables riesgos de sufrir advertencias, amenazas y violencias represivas de diverso grado. Una vez más, aquí tenemos que recurrir al método científico-crítico que nos permite bucear en la realidad, profundizar de la superficie del problema a sus más hondas raíces. Empezando por lo inmediato, y en una primera fase de inmersión científico-crítica, hay que partir del hecho de que el socialismo ha sido muy desprestigiado por varios factores entre los que destacamos estos tres: uno, la permanente propaganda capitalista en contra de todo socialismo, propaganda que no duda en recurrir a las mentiras más burdas y a las manipulaciones más descaradas con tal de obtener el apoyo de las masas al sistema burgués; dos, partiendo de aquí, el fracaso del socialismo en la URSS y sus secuelas; tres, además, las traiciones de otros socialismos, del eurocomunismo, etc., claudicando una y otra vez frente a la clase dominante y, cuatro, la quiebra teórica del grueso de los socialismos. Ahora bien, estas razones, siendo importantes, son sólo una parte del problema, incluso la parte superficial y externa pese a su enorme importancia.

Cuando las personas empiezan a enfrentarse a la opresión que sufren, con los riesgos que eso acarrea, tienden a buscar un método, una guía para hacerlo que les explique el por qué y el para qué, y el cómo. Si la clase dominante ha desprestigiado esa teoría, el socialismo, esas personas dejarán de buscar dominadas por el pesimismo pasivo, o incluso tenderán a reforzar la ideología dominante y el poder que les oprime. Pero si persisten en su esfuerzo práctico se encontrarán con mayores dificultades que provienen del segundo nivel de sistemas de control e intervención de la burguesía. Se trata de las políticas reformistas, las medidas socioeconómicas, la política educativa y profesional la imposición del consumismo compulsivo, etc.; y, muy especialmente, las políticas de amenaza, coacción e intimidación. Hablamos de la permanente intervención del Estado burgués con todas sus burocracias, pero también de los poderes paraestatales y extraestatales, que funcionan como los tentáculos del pulpo, llegando a todas las áreas de la vida social y se centralizan en el Estado que es una pieza clave en la supervivencia del capitalismo.

Las dos fases de inmersión que hemos realizado hasta aquí, si bien nos permiten ir comprendiendo mejor cómo domina la clase dominante, aún no llegan al fondo del problema que no es otro que el permanente funcionamiento de los mecanismos de alineación de masas, de sorda coerción del capital, de profundización de los efectos integradores que nacen del desenvolvimiento de la subsunción real. Es la invisible e interna capacidad de capitalismo para idiotizar, cooptar y encadenar al proletariado porque no se aprecia a simple vista, no se capta con un simple pensamiento común. Estos sistemas actúan en el nivel de la ideología, es decir, de la falsa interpretación de lo real, de la visión invertida que pone los pies arriba y la cabeza abajo, convirtiendo la causa en efecto y el efecto en causa: la explotación no existe sino que existe “fracaso en la vida” de individuos vagos e ignorantes que no se han sacrificado para “salir de la pobreza”; y tampoco existen explotadores sino gente que “ha triunfado en la vida” por los sacrificios que han hecho para vencer en la guerra de todos contra todos que es esta sociedad.

La democracia burguesa oculta que es burguesa aparentando ser “democracia” interclasista en la que todos los votos valen lo mismo, porque son “ciudadanos” iguales y no burgueses y proletarios. Como es sabido, las clases ya no existen, han desaparecido porque ya no vivimos en la sociedad industrial sino en la postindustrial, en la de la “economía de la inteligencia”, que, como indica su propio nombre, premia a los más inteligentes y castiga a los torpes, subdesarrollados e idiotas.

Hemos resumido al extremo --y simplificado-- esta compleja estructura de dominación del Capital sobre el Trabajo por falta de tiempo, pero debemos insistir en que estos tres niveles actúan simultáneamente, con una complejidad que hace que si falla una parte de los sistemas de control no se resienta todo el sistema capitalista sino sólo una parte porque el resto de los sistemas burgueses contrarrestan el fallo y posibilitan la reinstauración definitiva del orden injusto. Precisamente, es esa efectiva complejidad la que saca a la luz también su contrario antagónico, es decir, el mérito y la eficacia de la acción militante concienciadora que logra desequilibrar la dominación global, debilitarla y ponerla en crisis.

Estos logros, estas pequeñas crisis, son más comunes y frecuentes de lo que creemos, pero la inmensa mayoría palpitan y laten en el subsuelo de la realidad, en los subterráneos de la existencia pública y oficial, la que ofrece como única la prensa del poder. Las pequeñas crisis subterráneas confluyen en una gran crisis estructural que periódicamente hace tambalearse al capitalismo, derribándolo incluso en zonas concretas. Por esto, una de las funciones decisivas de la prensa socialista y revolucionaria es, además de criticar las mentiras y sacar a la luz esas crisis internas, mostrando que son más de lo que dice la versión oficial, simultáneamente, también la de profundizar en el enriquecimiento teórico-político.

Los costos de la emancipación, siendo inevitables, se reducen mucho y se aguantan mejor si vienen apoyados por el conocimiento científico-crítico de estos mecanismos, es decir, por la conciencia revolucionaria teóricamente sustentada. Pero la teoría nunca puede ser abstracta, libresca e importada del exterior sino que debe reunir, como mínimo, tres cualidades: una, tener la radicalidad del método dialéctico, es decir, de saber analizar concretamente cada situación concreta llegando al fondo de sus contradicciones antagónicas; otra, que se deriva de esta, penetrar por tanto en la esencia del problema, y aquí debe aparecer, si es método dialéctico, el contenido nacional de esa lucha por el socialismo sobre todo si se trata de un pueblo oprimido pero también si es en un pueblo que no padece opresión externa, con dos posibilidades aquí que las analizaremos en la respuesta a la última pregunta; y además, que por esa misma dialéctica, ha de interrelacionar siempre la lucha colectiva con la individual.

La interrelación entre cuestión nacional y socialismo no es otra que el desenvolvimiento de la dialéctica materialista especialmente en los casos de opresión nacional. Un método y una guía de transformación revolucionaria de la realidad que no llegue a las raíces de los problemas, que no sea radical, está condenado a degenerar en la superficialidad dogmática, mecanicista y metafísica. En el fondo, la cuestión nacional nos remite siempre a la ley del desarrollo desigual y combinado del capitalismo, a la dialéctica expansivo-constrictiva inherente a la definición simple de Capital, a la necesidad capitalista de arrebatar a los pueblos su excedente social acumulado, sus riquezas, sus tierras, su cultura y su lengua, etc., para aumentar el beneficio de la clase dominante del pueblo ocupante. Se establece así, por tanto, un mecanismo de expolio, saqueo y expropiación material y simbólica de la nación ocupada por el Estado ocupante para garantizar el aumento o el mantenimiento de la tasa de beneficio de la clase dominante del Estado invasor.

Un método supuestamente socialista que no sea capaz de comprender y combatir este mecanismo de enriquecimiento, deja de ser socialista y deviene en reaccionario. Este método no puede, por tanto, ayudar a la emancipación de la clase explotada del Estado ocupante, sino al

contrario, ayuda a alienarla aún más en la medida que oculta el proceso real de explotación externa, legitima el orden interno y refuerza las cadenas de sumisión consciente e inconsciente del proletariado a la burguesía del Estado invasor. Tengamos en cuenta que la opresión nacional que sufre un pueblo afecta a la totalidad de sus señas identitarias, que no sólo a una parte por mucha descentralización administrativa --“autonomía”-- tolerada por el Estado y concedida a la burguesía del pueblo oprimido, o a una parte de ese pueblo. Al ser una explotación total, la supuesta izquierda del Estado ocupante ha de justificar la totalidad de la opresión directamente o por omisión y silencio en los casos más escandalosos como las torturas, etc. Y la ayuda a la opresión exterior se transforma inmediatamente en ayuda a la explotación interior.

Los efectos que este colaboracionismo tiene sobre la teoría son demoledores, pero aún son más terribles sobre la práctica y en especial sobre los militantes de izquierda que asisten desconcertados a esa claudicación permanente. La mayoría abandonarán ese partido, debilitándolo, lo que obliga a la burocracia a girar aún más al centro para atraerse nuevos militantes y más votos que compensen el retroceso. A la vez, el apoyo a la clase dominante debilita las luchas obreras y populares en el Estado ocupante, desmoralizando a las masas combativas, muchas de las cuales caen en el apoliticismo o en un claro reformismo cuando no en un giro a la derecha propiciado por la ideología nacionalista-opresora, acelerando el abandono de miles de luchadores y, lo que es peor, dejando huérfana a la juventud obrera, abandonada al triunfalismo de la propaganda burguesa: a los pocos años el campo social de lucha de clases se habrá pulverizado en un desierto.

Justo lo opuesto acontece en el pueblo trabajador de la nación oprimida, que va viendo cómo la opresión que sufre aumenta los beneficios de la burguesía colaboracionista y de la estatal, debilita sus capacidades de lucha y de mejora salarial, y conduce a su pueblo al borde de la desaparición. Si en estas condiciones se reúnen ciertos requisitos, básicamente la interacción entre una organización revolucionaria que ha recuperado el valor de la conciencia subjetiva y unas masas convulsionadas por la opresión objetiva, en estas condiciones el pueblo oprimido, azuzado por su “vergüenza nacional” puede empezar a luchar como un “león herido”, para utilizar las mismas palabras que Karl Marx. Y de hecho así sucede en la mayoría de los casos, siendo muy pocos los pueblos que aceptan pasivamente las invasiones expoliadoras, a pesar del colaboracionismo de su burguesía con la potencia ocupante.

El colaboracionismo de clase con el invasor tiene repercusiones muy precisas sobre la teoría y la práctica revolucionaria del pueblo trabajador oprimido una vez que éste ha desarrollado su propia autoorganización social emancipada de la ideología burguesa. Por un lado, tiende a surgir crudamente la división clasista dentro de la nación oprimida al verse a diario el apoyo de su burguesía al Estado extranjero y al irse viendo el carácter opresor de la descentralización administrativa estatal denominada “autonomía” o “foralidad”. Y por otro lado, la pequeña burguesía y el reformismo pierden mucha de su influencia ideológica por su apoyo a la burguesía colaboracionista, lo que les lleva a oscilar aún más entre la izquierda y la derecha. Ambos factores debilitan a su vez la capacidad interna e invisible del capitalismo en cuanto tal para alienar al Trabajo, y no hace falta decir que la opresión nacional debilita abiertamente la efectividad de los mecanismos estatales de integración, control, vigilancia, intimidación y represión. Se explica así por qué en muchos pueblos oprimidos es tan dura la lucha de clases y por qué va indisociablemente unida a la lucha por la independencia.

Por último, estos y otros factores entre los que destaca la experiencia acumulada por las sucesivas generaciones de la nación oprimida hace que la teoría que surge de tanta experiencia colectiva sea muy diferente, opuesta en realidad, a la “teoría” al uso de la supuesta izquierda del Estado opresor. La primera es algo vivo, creado en el interior de la lucha y durante decenios, con sacrificios pero también con la grata sensación que surge de las victorias

acumulativas obtenidas en la recuperación de las señas de identidad, en la construcción de movimientos populares y sindicales potentes, en las grandes y pequeñas movilizaciones de todo tipo, en la rabia e impotencia del poder ante esa dinámica global que sólo logra desbaratar parcialmente durante poco tiempo porque tarde o temprano se recupera el impulso, se reinicia la marcha, surgen nuevos militantes que llenan los bajos de la represión. La segunda es una mortaja podrida, excepto la de las organizaciones revolucionarias que practican el internacionalismo proletario más consecuente y digno.

Al ser una teoría viva, que nace de la práctica de masas, de su calor diario y de la síntesis de pequeñas conquistas cotidianas con las satisfacciones que ello genera, por esto mismo, la teoría se inserta en la praxis y en la vida, haciéndose inseparable de ellas. Muchas experiencias muestran cómo en las asambleas, en los debates colectivos, etc., se establecen relaciones interpersonales de camaradería y de amistad entre personas que apenas se conocían. Muchas experiencias confirman que esas relaciones sirven como bálsamo para los costos y sacrificios inevitables en la emancipación, de modo de tiende a expandirse en placer de la subversión.

Concretamente en Euskal Herria, las reuniones de familiares de prisioneras y prisioneros, torturados, detenidos, exiliados; de militantes que crean movimientos populares para recuperar el euskara y la cultura vasca, o para abrir medios de prensa crítica, o para desarrollar un sistema educativo basado en las necesidades populares vascas, o un marco laboral propio, o deportivo o un movimiento feminista abarcador e integrador, o un sistema endógeno y autocentrado de transporte que vertebró nacionalmente a Euskal Herria, o por un muy largo etc; estas y otras reuniones pequeñas o menores, que frecuentemente giran alrededor de cómo obtener fondos económicos de origen popular para todos esos proyectos, y que más frecuentemente aún terminan alrededor de una mesa para comer algo, o alrededor de la barra de un bar para charlar distendidamente de esas y otras cosas, todo este universo de prácticas y de sensaciones interpersonales que se cimentan en proyectos comunes, es inseparable de la teoría tal cual se desarrolla dentro de las masas. Incuestionablemente, esta relación entre práctica y teoría es una ayuda inestimable en la reducción de los costos personales inherentes a la libertad y, también, en la racionalización de los que se deben asumir objetiva e inevitablemente.

## **5. ¿Relaciones entre la resolución del conflicto y la vía al socialismo en Euskal Herria?**

La respuesta a esta pregunta va a ser un poco más larga porque exige detenernos previamente en algunos aspectos decisivos de y para el socialismo y en especial del método marxista.

### **5.1. DIALÉCTICA ENTRE LO GENERAL Y DE LO PARTICULAR**

La guía marxista para la acción revolucionaria tiene, por un lado, el contenido de enfrentarse al capitalismo en su conjunto y en todo lo esencial, en lo que le define como modo de producción dominante a escala planetaria; es el nivel genético-estructural. Por otro lado, tiene a la vez el contenido de enfrentarse a los capitalismo concretos, histórica y socialmente ubicados en zonas geográficas precisas; es el nivel histórico-genético. En el primero la guía teórica vale para todas las luchas sociales del planeta porque analiza las contradicciones objetivas, esenciales e inevitables, y por tanto, en este nivel de concreción, se pueden extraer lecciones revolucionarias de todas las luchas independientemente de su lugar y tiempo siempre que las capturemos en su antagonismo esencial. Las luchas de liberación de los pueblos oprimidos también pueden y deben aprender de estas experiencias, como de hecho ocurre, y la teoría de dirección internacionalista de la lucha de clases practicada en los momentos más álgidos de las fases revolucionarias se sustenta en la innegable capacidad teórica de militares organizados para saber discernir lo común a todos los procesos de lo específico de cada uno de ellos.

En el segundo nivel, el histórico-genético, la guía teórica vale para el proceso de lucha de clases y liberación específicamente desarrollado en una zona geográfica concreta, en un Estado burgués, en una zonas interestatal y/o en un pueblo oprimido. Esto no anula la validez del otro nivel, sino que la limita a su contenido esencial y común. Para descubrir las particularidades específicas de este nivel más específico hay que desarrollar, entre otras cosas, un pormenorizado conocimiento de la historia propia del país: sin un dominio minucioso de su lucha de clases interna, de sus contradicciones sociales, de su estructura socioeconómica y lingüístico-cultural, de las opciones estratégicas de sus clases, de sus prácticas de resistencia o de colaboracionismo bajo la opresión nacional, de sus tradiciones nacionales y de las diferencias que hay en su interior entre las tradiciones populares y las tradiciones de las clases dirigentes, del peso del sistema patriarcal dentro de la identidad colectiva y de las prácticas sociales, etc.; sin este dominio práctico de la historia colectiva y de sus contradicciones es realmente imposible todo desarrollo posterior de una teoría revolucionaria.

La interrelación dialéctica de ambos niveles que funcionan separados en el momento del análisis pero que se unen en el momento de la síntesis, es uno de los grandes logros metodológicos del marxismo porque permite ver e intervenir en lo común a todas las luchas mientras que, a la vez, se interviene en la propia. Esta dialéctica no sólo es la base del internacionalismo proletario y de la visión de la totalidad mundial de la lucha entre el Trabajo y el Capital, sino también, simultáneamente, es la base del triunfo de las luchas locales, de las concretas en áreas precisas y, sobre todo, de las luchas revolucionarias de liberación nacional. Los dos grandes errores que se cometen con mucha frecuencia en la ruptura de esta dialéctica no son otros que, por un lado, admitir sólo lo que une a todas las luchas, lo que les es común y esencial, negando sus diversidades y diferencias; con este error se supeditan las luchas concretas a lo común, pero, más temprano que tarde, se desprecia lo particular y se absolutiza lo común, es decir, se niega lo concreto y se dogmatiza en forma abstracta lo general. Se rompe así la ley del desarrollo desigual y combinado que es la expresión más plena de la dialéctica entre lo específico y lo común.

No hace falta decir que este error, además de negar la dialéctica marxista, tiende a beneficiar a las estructuras, sistemas y situaciones más amplias sobre las más pequeñas, tiende a imponer la centralización y el control de lo grande sobre lo pequeño. Por lo general, este error lo cometen quienes defienden intereses de dominio de lo central sobre lo periférico, o sea, en el caso de explotación de clase, de la burguesía centralizada sobre el proletariado dividido; en la opresión patriarcal del hombre que controla el poder sobre la mujer que carece de todo poder de autodefensa, y en la opresión nacional, del Estado central sobre las naciones oprimidas periféricas. También es típico este error de las visiones eurocéntricas y racistas, que ven el mundo desde su única centralidad --la occidental-- menospreciando al resto y sosteniendo que son dependientes e inferiores. Es la ideología imperialista según la cual todo el mundo debe centralizarse bajo y alrededor del poder norteamericano, o europeo o japonés. Tampoco hace falta decir que es la ideología de los nacionalismos español y francés.

El otro error consiste en lo contrario, en menospreciar lo común y defender exclusivamente lo propio, aislarlo de la totalidad y negar la existencia de características esenciales del capitalismo que afectan a toda la humanidad. No es un error común en las izquierdas revolucionarias de las naciones oprimidas por la sencilla razón de que comprenden qué difícil es emanciparse sólo y exclusivamente por sus propias fuerzas; de la misma forma que tampoco es un error común en las luchas obreras que comprenden la necesidad de la unión, etc. Sin embargo, estas y otras luchas sí saben por sus prácticas que ellas deben dirigir su propia emancipación porque son ellas la que conocen su situación mejor que nadie. No niegan la solidaridad exterior, sino que, aceptándola, se basan en sus propias fuerzas para emanciparse. No desoyen los consejos externos, basados en luchas con una esencia de fondo común, según estamos viendo, pero

insisten razonadamente en que se ha de respetar lo específico y particular de cada lucha y también de la suya, O sea, reivindican y practican la dialéctica marxista.

Más bien, son la pequeña burguesía y sectores de la burguesía las que practican deliberadamente ese error de sectarismo, pero hasta un límite. Mientras que el pueblo trabajador lucha por la independencia como proceso inseparable del socialismo, estas clases reivindican conscientemente una “particularidad exclusivista” tanto para dividir al pueblo trabajador como para mantener su poder político-electoral. Sin embargo, es un error oportunista y limitado a sus intereses de clases que viven de la explotación humana. La pequeña burguesía, si no encuentra un programa popular y obrero atrayente que le convenza de su “interés por el socialismo” no tardará en girar hacia la burguesía, y ésta clase propietaria de fuerzas productivas, no tardará en pedir protección y ayuda al Estado opresor para seguir manteniendo sus beneficios, no teniendo ningún reparo en ayudar a la represión de su propio pueblo.

Semejante plegamiento no es característico sólo de las burguesías de los pueblos oprimidos, sino también de todas las burguesías que gozando de su independencia nacional la pierden al ser invadido su país por otra burguesía. En estos casos, las burguesías invadidas olvidan su nacionalismo para colaborar con el ocupante, o adaptan ese nacionalismo al de ocupante. Tienen más miedo a su pueblo que al invasor. Únicamente cuando la lucha de liberación va avanzando y cuando se aproxima la derrota del invasor, la burguesía empieza a recordar su nacionalismo, pero también por miedo a la justicia popular que se aplicará tras la liberación.

## 5.2. DIALÉCTICA ENTRE REFORMA Y REVOLUCIÓN: EL CONTRAPODER

Estos criterios elementales de la dialéctica entre lo general y lo particular son imprescindibles para entender el papel de la resolución del conflicto armado en Euskal Herria y en los Estados español y francés, dentro del proceso de avance al socialismo. Son importantes por sí mismo, pero también porque han sido y son negados explícita o implícitamente por los “marxistas” españoles y franceses, aunque no por los marxistas que se enfrentan a estos Estados en su interior mismo.

Las “izquierdas” españolas y francesas, al igual que las eurocéntricas con respecto a todas las guerras de liberación nacional contra la explotación imperialista, se han caracterizado como mínimo por cuatro cosas: una, exigir el cese inmediato de la resistencia armada de los pueblos oprimidos, obligándoles a aceptar la “democracia” de los Estados ocupantes; dos, una vez enjaulados en esa “democracia”, intentar convencerles de que deben seguir sus reglas, posponer a un futuro indefinido e indeterminado el ejercicio de derecho de autodeterminación y también la lucha práctica por la independencia, o simplemente negar que los pueblos tienen ese derecho aduciendo que está superado por la “globalización”, etc; tres, posponer también para el nunca jamás la lucha práctica por el socialismo, o simplemente decir que hay que revisar el socialismo porque también está superado; y cuatro, sobre todo, colaborar prácticamente con la represión del Estado sobre los independentistas, bien de forma explícita con apoyo a determinadas leyes represivas, e implícitamente en otros muchos casos mediante el silencio cómplice como es la tortura, la situación en las cárceles y la dispersión, la ayuda a la marginación del independentismo, etc.

A lo sumo que llagan algunas de estas “izquierdas” es a admitir con la boca torcida y de mala gana el inicio de conversaciones políticas para solucionar la fase violenta del conflicto, pero intentando desvirtuar y limitar sus enormes posibilidades de abrir un proceso al socialismo, al restrictivo y tramposo marco de las instituciones impuestas por el poder. Y lo hacen porque no tienen más remedio, presionados por el avance de la lucha popular que ha ido superando uno a uno todos los obstáculos y represiones. Solamente cuando la presión popular es muy fuerte, esta “izquierda” se ve en la disyuntiva de admitir lo obvio o ponerse definitivamente al lado de



la derecha más reaccionaria, y si bien algunos ya se pasaron a la derecha incluso más reaccionaria, otros siguen en el centro debido a que, por ahora, cobran más que en la derecha.

Pero su incapacidad para comprender y aplicar la dialéctica del desarrollo desigual y combinado en el marco de su Estado va unida también a su negativa a desarrollar la dialéctica entre reforma y revolución de la que hemos hablado al comienzo. De hecho existe una conexión interna entre ambas que surge de la naturaleza misma del Estado nacionalmente opresor que estas “izquierdas” defienden. El desarrollo combinado se basa en lo que es esencial y sustantivo al sistema capitalista en su conjunto a escala planetaria, y el desarrollo desigual de las diferencias sociohistóricas entre los diversos procesos revolucionarios por sus especiales condiciones.

El nacionalismo imperialista que las burguesías española y francesa ha sido asumido por esas “izquierdas” que creen que, además de ser Madrid o París el centro del universo, también creen que la ley del desarrollo desigual y combinado sólo tiene operatividad dentro de las fronteras artificiales de sus Estados impuestas por las armas y mantenidas por la represión. Del mismo modo que admiten la legitimidad de su Estado para mantener su “unidad nacional”, admiten su legitimidad para mantener el “orden democrático” y ambos se sustentan en el sistema capitalista, por lo que, en la práctica admiten la propiedad privada de las fuerzas productivas, que en realidad es también la propiedad privada que tiene la burguesía estatal sobre los pueblos que ocupa, que son explotados para aumentar su beneficio.

La dialéctica entre reforma y revolución, o entre programa mínimo y programa máximo, etc., expresa cómo se en las luchas más pequeñas e insignificantes en apariencia está puede estar presente y activo en esencia el objetivo socialista. Todo depende de qué contenido le demos a esas reformas, a las reivindicaciones del programa mínimo. Si los vemos sólo como objetivos en sí mismos, que se cumplen como reivindicaciones al ser obtenidos pasando a ser luego mero recuerdo sin conexión con el futuro, que se supeditan a los intereses electoralistas de los partidos parlamentarios, etc., si vemos las reformas desde esta perspectiva limitada y pobre, entonces no sólo pierden toda fuerza práctica cara al futuro sino que, perfectamente, pueden degenerar en medios de absorción y cooptación en las instituciones de muchas de las personas y hasta militantes que se han movilizado para conquistarlas. De hecho, esto ocurre muy frecuentemente porque los partidos parlamentaristas, necesitados de burocracia joven, nueva y todavía con algún prestigio en los barrios y pueblos, se dedican obsesivamente a cooptar a esas personas, ofreciéndoles mejores puestos, salarios superiores a la media, etc.

Una vez controladas las nuevas asociaciones de todo tipo que se han movido para obtener esas reformas, los sindicatos y movimientos populares, etc., una vez logrado esto, el poder empieza a desentenderse de esas reivindicaciones, les va recortando poco a poco las ayudas legales y las partidas presupuestarias mientras aumenta la tendencia al desánimo y la desmovilización de la gente que ha llevado esas luchas. Pasado un tiempo más o menos largo según los casos, se va imponiendo el olvido y dependiendo de las necesidades de la burguesía, se produce un contraataque directo o indirecto contra esas reformas, debilitándolas o destruyéndolas. Simultáneamente, va creciendo entre el pueblo la idea de que todos los políticos son iguales, de que sólo buscan medrar y ascender, de que se olvidan del pueblo hasta que vuelven con las promesas en las siguientes elecciones... Según sean los contenidos de las reformas por las que se lucha, este proceso general y común, que todos hemos visto repetirse con demasiada frecuencia en demasiados sitios, coge una velocidad u otra, varía en cuestiones secundarias, pero se repite en lo esencial.

Por el contrario, si la lucha por las reformas va dentro de una visión estratégica de la unidad entre medios y fines, entre lo que ahora se consigue como paso en el avance pero también como ejemplo práctico que ahora mismo adelanta en el presente lo que mañana será la sociedad

socialista, si se mantiene sistemáticamente esta visión, entonces los avances en reformas puntuales será a la vez avances socialistas. Ya hemos visto arriba, en las respuestas a la primera y segunda respuesta, parte de esta cuestión pero debemos desarrollar ahora más en extenso la cuestión clave del contrapoder popular y obrero como el criterio que define y separa las reformas revolucionarias de las reformas a secas, las que pueden ser integradas por el capitalismo.

Contrapoder es la capacidad práctica de frenar los planes de la burguesía en el nivel que sea, desde un plan de especulación financiero-inmobiliaria en un barrio hasta una huelga de masas a nivel nacional pasando por una lucha obrera, y de presionar para imponer los derechos del pueblo en el nivel que sea, que desarrollan los grupos organizados alrededor de una reivindicación social, de modo que el poder burgués ha de tener siempre en cuenta la existencia de ese contrapoder popular, perdiendo así su total libertad e iniciativa de imposición. El contrapoder limita el poder burgués, lo condiciona y hasta puede obligarle a retroceder en sus pretensiones impositivas. En contrapoder está latente en cualquier lucha inicial por minúscula que sea ya que la mínima acción reivindicativa supone, además de un reto al poder, también el inicio de una confrontación básica al margen de la forma que adquiera: legal, alegal, ilegal, pacífica, no violenta activa, sabotaje y acción de protesta, violencia defensiva para las manifestaciones, acciones de presión en grupo, etc. El contrapoder es consustancia al proceso que va de la autoorganización a la autodefensa pasando por la autogestión y la autodeterminación del grupo, colectivo, organismo o movimiento de que se trate.

Para que el contrapoder, el que sea, pueda funcionar en su plena potencia es imprescindible que las movilizaciones por las reformas sean dirigidas prácticamente por los colectivos afectados. Tienen que ser los afectados por las necesidades inaplazables antes vistas quienes dirijan esas luchas en un proceso que, en líneas generales, debe empezar por la autoorganización de los afectados, superando la dependencia de las instituciones y de los partidos electoralistas. Pero la autoorganización inicial debe ser a la vez autogestión de los afectados, porque deben gestionar ellos mismos su lucha, sus recursos, sus objetivos, sus alianzas, sin dejarse controlar y dirigir por las instituciones: autogestión y autoorganización se necesitan y se exigen mutuamente.

Pero ambos tampoco sobrevivirían mucho sin la permanente autodeterminación del colectivo en lucha por sus necesidades; de hecho, la autogestión es ya una forma de autodeterminación porque administrarse a uno mismo es, en esencia, autodeterminarse, aunque la principales decisiones autodeterminativas, por ejemplo, optar por tal o cual alternativa crucial en un momento cumbre de las movilizaciones, etc., requieren siempre un proceso democrático pleno de debate y discusión en base al conocimiento de todos los datos disponibles, etc.

Las luchas por las reformas que surgen mediante al proceso autoorganizativo que avanza hasta la autodeterminación en esas “pequeñas” decisiones tras haber aprendido en la práctica que todo esto es, en cierta forma elemental, un embrión de socialismo dentro del capitalismo, llegan sin embargo a un momento crítico en el que se decide todo lo conquistado y todo lo que queda por conquistar: es el momento de ceder a la presión del poder o de pasar a la defensa y al ataque. Hablamos de la autodefensa en la que debe culminar el proceso entero. Más aún, la conciencia de la necesidad y de la legitimidad de la autodefensa popular debe estar presente en el inicio mismo de la autoorganización porque muchas veces las fuerzas represivas u otros instrumentos coercitivos del Capital actúan desde el comienzo mismo de la lucha popular para abortarla antes de que pueda crecer y dar ejemplo. La autodefensa puede ser de cualquier forma y debe aceptar la interrelación de todas estas formas, excluyendo tácticamente las inoportunas sólo tras un debate riguroso. Sin autodefensa no puede existir contrapoder alguno, y sin contrapoder no puede existir una práctica revolucionaria de las reformas dentro del proceso de avance al socialismo.

La conciencia política de la necesidad y de la legitimidad del contrapoder también ha de estar funcionando prácticamente desde el inicio mismo de toda lucha por cualquier reforma, al igual que la conciencia del derecho a la autodefensa. Estos dos son puntos cruciales en la dialéctica entre reforma y revolución, entre programa mínimo y programa máximo, porque ambos son el engarce que permanentemente conexiona el presente de lucha con el proyecto futuro de socialismo. Naturalmente, la toma de conciencia de la necesidad del contrapoder y de la autodefensa no surge de la nada, por las razones antes vistas; requiere de un esfuerzo intelectual crítico que supere en la acción práctica la ideología burguesa de la sumisión, del miedo a la libertad, que desaliene a las personas que van a explicar a los demás y a convencerles mediante el ejemplo práctico --la mejor pedagogía según el Che-- de esas prácticas que siempre conllevan riesgos. Llegamos así al problema del papel de las organizaciones revolucionarias, o si se quiere a la dialéctica entre organización y espontaneidad.

Nunca existe una espontaneidad absoluta e inmaculada que ha surgido de repente, cayendo de cielo ya formada del todo, sin tarea previa de pequeños grupos militantes organizados que, como el viejo topo, han ido minando pacientemente los cimientos del orden hasta ayudar a crear las autoorganizaciones internas a la espontaneidad, y que la vertebran. Del mismo modo, tampoco existe una organización férrea y granítica en la obediencia mecánica de sus militantes ya que en toda acción humana y más aún en la praxis revolucionaria siempre surgen momentos en los que las personas han de decidir y optar por su cuenta, sin poder esperar a recibir órdenes “desde arriba”.

Por esto, en toda organización revolucionaria siempre existe un nivel de espontaneidad que aumenta al avanzar el proceso y al surgir cada día nuevos problemas que exigen al militante una alta capacidad de raciocinio propio y colectivo para responder a las demandas del entorno. Toda organización que se obstina obsesivamente en anular la iniciativa espontánea de su militancia está condenada al fracaso. Del mismo modo, toda lucha que en aras de un espontaneismo mítico, utópico y ucrónico prohíba la acción organizada, también está condenada al fracaso, peor aún, probablemente nunca traspasará el umbral del inicio de la lucha. La teoría de la organización revolucionaria es aquí imprescindible, pero no podemos desarrollarla ahora.

Una de las cosas en las que más debe insistir la formación teórico-política de los militantes es que el contrapoder sólo se transformará en poder cuando exista un Estado obrero. Es verdad que todo contrapoder tiene capacidad de coacción y presión sobre la burguesía, y para eso se practica, pero aún así es un poder de presión limitado y carente del complemento legal, jurídico y estatal que diferencia al contrapoder popular del poder. La transformación del contrapoder popular en poder popular empieza a realizarse una vez que las izquierdas llegan al Gobierno, pero su avance nunca es seguro ni cuando esas izquierdas avanzan del control del Gobierno a la creación del Estado obrero, porque incluso así siempre existe la lucha de clases y entonces el bloque social reaccionario que apoya a la burguesía maquinará para reinstaurar su poder de clase.

La transformación del contrapoder en poder popular depende del ascenso de la lucha, de la extensión e intensificación de la dialéctica entre reforma y revolución. El poder popular sólo llega a instaurarse cuando la fuerza de las masas ha llegado a tal grado que puede ya dictar la nueva legalidad socialista, la que beneficia a la mayoría de la población y combate los abusos de la burguesía. Durante este proceso surge el llamado doble poder, es decir, el período que nunca es largo ni estable del choque entre el contrapoder popular en ascenso y el poder burgués en descenso.

Las situaciones de doble poder también se producen en todos los pequeños conflictos cotidianos, por ejemplo cuando los vecinos de un barrio popular logran impedir durante un

tiempo la construcción de un hipermercado y logran construir en esos terrenos públicos jardines, centros sociales y culturales, etc., mientras se mantiene la pugna con el ayuntamiento en cuanto representante y defensor de las mafias financiero-inmobiliarias. Los ejemplos de situaciones de doble poder son muy frecuentes ya que en toda lucha se viven momentos así, aunque por su misma naturaleza son cortos y transitorios; ocurre también que la ideología burguesa y nuestra pobreza teórico-política nos impiden percatarnos de su existencia.

Las situaciones de doble poder requieren de una especial formación para ser analizadas y para saber tomar las decisiones adecuadas durante su duración. Generalmente es esas situaciones cuando pueden decidirse los resultados de muchas luchas por las reformas, sobre todo cuando el poder burgués, necesitado en desatascar la situación, empieza a ofrecer supuestas alternativas y soluciones, cuando el reformismo se inclina por aceptarlas arrastrando a un sector de la gente por esa vía posibilista, o cuando una peligrosa euforia obnubila la frialdad analítica facilitando el optimismo carente de base, etc. Tanto en las pequeñas y medianas luchas por las reformas como en los momentos cruciales en las luchas revolucionarias, siempre caracterizados por el tensionamiento extremo de las presiones inherentes a momentos de doble poder, en esas situaciones es decisivo poseer de una suficiente base teórico-política que sólo se adquiere con la experiencia y la ayuda de un colectivo organizado.

Los momentos de doble poder tienen además una importancia específica en el ascenso de las luchas de masas que pueden concluir en la victoria electoral que da el Gobierno a las izquierdas. Si entonces existe una fuerte movilización popular que va arrancando victorias reformistas a la burguesía pero que aún se enfrenta a los sistemas jurídicos-legales de la clase dominante, fracasan precisamente en momentos cruciales porque se empantan en las marañas legales pensadas para eso, entre otros objetivos. Un ascenso de masas, experimentado en la conquista de reformas radicales, que moviliza a una masa electoral que accede al Gobierno, puede presionar desde fuera y desde dentro de las instituciones al nuevo Gobierno de izquierdas para que cumpla sus promesas electorales, para que no se eche para atrás con cualquier excusa, y para que acelere las reformas de todo tipo. Por el contrario, un Gobierno de izquierdas carente de esas bases populares que le presionan y exigen seguir avanzando, será fácil presa del reformismo y de la sorda coerción del Capital.

La experiencia muestra cuan importantes son las nuevas leyes dictadas por un Gobierno de izquierdas que, sin llegar todavía a controlar el antiguo Estado para empezar a desmontarlo y crear sobre sus cenizas otro nuevo, pese a esto, ese Gobierno de izquierda sí puede dictar leyes democráticas que faciliten y aceleren avances más radicales en todos los sentidos. Durante este proceso adquiere toda su importancia la dialéctica entre el programa mínimo, el de las reformas inaplazables dentro del capitalismo, y el programa máximo, el de las transformaciones socialistas. De hecho, ya en todo contrapoder inicial unido a toda inicial autoorganización está latente un embrión del futuro nuevo Estado obrero, pero no llegará a realizarse sino sólo cuando el poder popular haya llegado a la decisiva de armar al pueblo, del pueblo en armas.

Puede parecer todo esto que aquí estamos diciendo como algo ya trasnochado, superado, que nunca va a volver a la realidad. Sin embargo, la experiencia histórica de todas las luchas a escala mundial confirma que estamos hablando de contenidos esenciales, comunes y obligados en sus señas profundas a todas las luchas revolucionarias al margen de sus ritmos y de formas exteriores secundarias. Hablamos de experiencias que surgen de las contradicciones objetivas del capitalismo en cuanto tal, de sus mecanismos de explotación y producción de plusvalía, o sea, de lo genético-estructural. De hecho, la historia vasca desde el surgimiento del capitalismo en su forma plena, o sea con su correspondiente poder político-militar, jurídico e ideológico, proceso que se inició en la zona vasca ocupada por el Estado francés a finales del siglo XVIII y concluyó con la invasión definitiva del ejército español al País Vasco peninsular a finales del siglo XIX, está repleta de estas experiencias sociales, y en concreto la historia de la izquierda

abertzale es incomprensible, primero, sin el decisivo impacto de ásperas luchas clasistas, insurrecciones, revoluciones y masacres represivas anteriores incluso a su aparición, y, segundo, desde su aparición en la década de 1960 hasta ahora mismo.

Más aún, como veremos, toda la estrategia global de construcción nacional vasca se sustenta en decisiva medida en la capacidad de intervención dirigente del pueblo trabajador, con su correspondiente política de integración de las “clases medias”, de interesar en el proceso a la pequeña burguesía y de neutralizar a la burguesía, destinada a ir creando una Euskal Herria real que integre cualitativamente a los trozos impuestos por los Estados español y francés. Frente a las instituciones autonomistas y regionalistas que son parte de la descentralización administrativa realizada hace un tercio de siglo por el Estado español, y frente a la ausencia siquiera de una administración departamental en la zona bajo control francés, contra esto, la izquierda abertzale y cada vez más sectores y fuerzas soberanistas impulsan la autoorganización nacional vasca. Una autoorganización que exige su correspondiente autogestión, es decir, disponer de los contrapoderes vascos capaces de gestionar desde dentro de la autoorganización nacional su propia liberación.

Se puede hablar, por tanto, de una tendencia ascendente de contrapoder nacional vasco que va enfrentándose al poder interestatal que padecemos y a los subpoderes delegados que estos Estados tienen en Euskal Herria. El objetivo de este contrapoder es la de llegar al ejercicio de la práctica de autodeterminación como paso anterior y previo para avanzar a la independencia y al socialismo, únicos sistemas sociopolíticos y socioeconómicos que garantizan, junto a la reuskaldunización de nuestro pueblo, la entrada en una dimensión de futuro ahora inconcebible para nosotros. Aún no hemos llegado al momento del salto del contrapoder al poder popular, eso lo lograremos cuando dispongamos de uno o varios Gobiernos de izquierda nacional que cumplan la voluntad popular de avanzar hacia la liberación.

Ahora bien, siempre hay que insistir en que la tendencia general aquí tan brevemente dicha no es en modo alguno lineal ni mecánica, y menos todavía está “condenada a triunfar”. Al contrario, la derrota, el fracaso, son siempre posibilidades abiertas que pueden transformarse en probabilidades y en realidades inevitables si se producen una serie de acontecimientos internos a toda lucha social, especialmente a toda lucha de liberación nacional en un pueblo como el nuestro en el que existen sectores sociales con poca o muy poca identidad nacional vasca, y con alguna conciencia vasca, frecuentemente entremezclada con restos de conciencia nacional española y francesa. Estas diferencias que a su vez debemos integrarlas en las diferencias en la conciencia de clase y de sexo-género, nos obligan a un realismo mucho más exigente y preciso que el que es necesario en los pueblos más homogéneos nacionalmente.

### 5.3. EUSKAL HERRIA Y LA ACTUALIDAD DE LA REVOLUCION

La dialéctica entre la lucha por el programa mínimo, por las reformas, y el programa máximo, por la revolución, llega a cuestionar directamente el principio estratégico burgués de su derecho a la propiedad privada de las fuerzas productivas una vez que las reformas se integran en la práctica del contrapoder y de la autodefensa popular, principios irrenunciables para el método marxista pero prácticas prohibidas y reprimidas por la clase dominante. Existe, por tanto, una lógica sistémica interna que cohesiona todas las claudicaciones parciales alrededor de la aceptación de la propiedad capitalista. Succionados por la fuerza absorbente del Estado, esta “izquierda” ha abandonado la dialéctica entre reforma y revolución en su práctica y en su teoría. Sólo vive para la reforma, y vive sólo de la reforma. Sabe que si deja de ser útil a la burguesía ésta le retirará los fondos que generosamente le aporta, le cobrará las hipotecas que no puede pagar y que crecen a diario y le mandará a la calle.

Para seguir viviendo cómodamente, necesita por tanto ayudar a que el movimiento obrero claudique siempre que lo manda la patronal, y que el movimiento revolucionario no recupere su fuerza. Pero sobre todo necesita que no se rompa la sacrosanta “unidad nacional” de su Estado. Vemos así cómo se han formado el conjunto de causas que explican por qué la lucha independentista afecta, además de a las clases burguesas, también a las “izquierdas”, y de manera muy especial a éstas porque les recuerda permanentemente su humillante claudicación.

Pero la lucha independentista también mina los dogmas de muy reducidas izquierdas --ahora sin comillas-- librescas que desde una posición autoproclamada de supuesto “partido dirigente de la revolución” sólo se dedican a impartir desde su púlpito grandilocuentes consejos a los torpes e ignorantes pueblos oprimidos. Estos grupitos se creen iluminados por la revelación de “san marx” dirigida a ellos únicamente. Vociferan sobre los errores y pecados de los demás, pero no pueden decir nada de ellos porque no tienen ninguna práctica que no sea su elucubración especulativa. Mientras que las “izquierdas” rompen la dialéctica reforma/revolución traicionando la segunda y desnaturalizando la primera; estas izquierda, de buena fe, la rompen renegando de las reformas y desnaturalizando la revolución.

Es así como hemos visto a lo largo de la historia de la izquierda abertzale la repetición periódica de críticas puristas que nos acusan de reformismo interclasista por aplicar a las condiciones concretas de Euskal Herria esta dialéctica sin tener en cuenta qué es luchar por las reformas en un pueblo oprimido desde la asunción del principio de la “actualidad de la revolución”. ¿Qué quiere decir “actualidad de la revolución”? Antes de explicarlo hemos de recordar que fue Lukács quien sintetizando las aportaciones de Lenin al método marxista escribió sobre la actualidad de la revolución en el sentido de que ésta, la posibilidad siquiera remota de su triunfo, estaba siempre presente en el leninismo de modo que aun en los tiempos más oscuros y aparentemente lejanos de una revolución que no aparecía por el horizonte, aún entonces, ella, la revolución estaba viva en la elaboración práctica de las reformas, en la lucha cotidiana por insignificante que pareciera ser. La actualidad de la revolución significa que en todas contradicciones y en todas las resistencias, por debajo de tanta morralla exterior, en el interior de la ceniza de la hoguera se mantiene la chispa que encenderá la llamarada. Lenin puso precisamente el nombre de “iskra”, chispa” a la revista del partido.

Miles de personas que han militado y militan voluntariamente en la izquierda abertzale asumen de forma práctica este principio de actualidad de la revolución. Hace muchos años se creía que ETA acabaría al poco de morir el dictador Franco, con la “democracia”. La continuidad de ETA y el crecimiento de la izquierda abertzale sorprendió a quienes creían que el independentismo socialista vasco era un simple rechazo juvenil de la dictadura: no podían comprender que tenía raíces mucho más profundas y duraderas, raíces que desde el fondo de la conciencia popular se elevaban al firmamento de la independencia del pueblo trabajador. Estas miles de personas voluntarias han padecido y padecen decenas de años de cárcel, exilio, clandestinidad, detenciones, torturas, prohibiciones, ilegalizaciones, multas y presiones de toda índole porque viven conscientemente la actualidad de la independencia y del socialismo, porque viven el presente en base al futuro, y analizar todo utilizando este criterio leninista.

La dialéctica entre revolución y reforma debe aplicarse en cada situación concreta de una forma diferente. No es lo mismo luchar por reformas en un régimen democrático burgués que tolera determinadas formas asociativas, de expresión, etc., que en otro que no las tolera, que las persigue y que ilegaliza a la resistencia. Más aún, en un pueblo que sufre opresión nacional las reformas tienen un alcance y contenido emancipador superior al que pueden tener en un pueblo que oprimido nacionalmente. Es cierto que cuando la lucha revolucionaria llega a un nivel de movilización y de exigencias reivindicativas que cuestionan directamente la propiedad burguesa de las fuerzas productivas, entonces no vale de nada la tolerancia democrática de la propia burguesía así como el hecho de que no exista opresión nacional. No vale de nada

entonces porque la clase dominante se quita su careta humanista y aparece tal cual es: una fuerza asesina capaz de destrozarse a su propio pueblo, y si ella no puede hacerlo no dudará en pedir ayuda militar a otras burguesías. Recordemos para qué está la OTAN en la “democrática” Unión Europea. Pero mientras no llegue esta situación crítica esa burguesía recurrirá a muchos instrumentos menos violentos para desactivar la lucha revolucionaria, derrotarla por partes, comprar a un sector, desanimar a otro y reprimir al tercero, etc.

Cuando hay opresión nacional el problema cambia sustancialmente. Hay que empezar diciendo que, por lo general, son los Estados burgueses menos fuertes los que más necesidad tienen de mantener esa opresión por los beneficios extras que extraen con ella, beneficios imprescindibles para mantener mal que bien su posición en la escala jerárquica de burguesías mundiales. Basta comparar la descolonización controlada de su Imperio realizada por decadente aunque aún poderosa Gran Bretaña con la fanática ceguera ultranacionalista de la muy débil burguesía española. Los Estados burgueses asentados tienen mecanismos socioeconómicos que aseguran una transferencia de valor del pueblo oprimido a la burguesía extranjera. Sin embargo, los Estados débiles deben garantizar con su presencia militar represiva la poca efectividad de los mecanismos socioeconómicos de explotación. Este es el caso del Estado español hasta ahora. Aquí, la relativamente poco asentada centralidad estado-nacional de la burguesía española debe compensarse con la fuerza represiva y con el colaboracionismo descarado de la burguesía regionalista y autonomista, de UPN y PNV.

Bajo esta peculiaridad histórica determinada por el fracaso de las intentonas revolucionarias de la burguesía española, la explotación de los pueblos y la participación de las burguesías periféricas en el orden y en el festín es decisiva mientras se mantenga la debilidad estructural de ese capitalismo. En estas condiciones las reformas dentro de una nación oprimida tienen para el orden estatal un peligro superior a las reformas en otro Estado seguro nacionalmente porque cuestionan uno de los componentes decisivos del beneficio capitalista estatal. Por tanto hay que mantener el sistema dentro de un orden que garantice esa extracción de plusvalor del pueblo oprimido y su transformación en beneficio. Conceder una reforma en estas condiciones es abrir la caja de Pandora, abrir una brecha en la línea de flotación del Estado, sobre todo cuando ese logro puede azuzar reivindicaciones idénticas en otras naciones periféricas también oprimidas y explotadas. Hay que evitar a toda costa el efecto dominó, es decir, que la caída de una pieza arrastre a las demás de la fila.

Por tanto, cuando la situación de crisis interna al Estado opresor aconseja una reforma global que garantice la perpetuidad del sistema en su conjunto mediante adaptaciones parciales --“cambiar algo insustancial para que nada importante cambie”--, en esta situación el Estado ocupante ha de movilizar a las clases colaboracionistas para dividir al pueblo, aumentar la legitimidad de sus reformas y demostrar su supuesto espíritu democrático. Sabe que cuenta con el apoyo de las burguesías de las naciones oprimidas, y que puede ofrecerles el reparto de una parte del beneficio con tal de que le ayuden a mantener el orden explotador. Sabe que el dinero o la riqueza ha sido siempre un poderoso instrumento para comprar conciencias, lealtades y colaboradores entre los pueblos oprimidos.

Este truco ya lo usaban los romanos, y antes los griegos y los egipcios, e incluso parte de los imperios mesopotámicos, excepto los asirios, aun no siendo ninguna de ellas sociedades capitalistas. Sabemos que también lo usaban los aztecas y los incas, y los mongoles. En estos sistemas sociales, las reformas que el opresor debía introducir en los pueblos oprimidos se realizaban, generalmente, mediante cierta negociación con el sector rico colaboracionista para reforzar su lealtad aumentándole parte de sus beneficios.

Pero estas reformas tenían y tienen dos límites insalvables como son, uno, la fuerza y decisión del pueblo ocupado en su avance, que pone al poder ocupante en la disyuntiva de marcharse del

país o intentar aplastarlo sin piedad, para lo que contará en mayor o menor medida con el apoyo de las clases ricas colaboracionistas; y otro, las limitaciones y contradicciones internas dentro del Estado invasor. Ambos límites nos llevan a la lucha de clases en su sentido absoluto dentro de la nación oprimida, dentro del Estado opresor y dentro del contexto internacional que envuelve a ambas. La dialéctica de la reforma y de la revolución, del programa mínimo y del programa máximo, de las fases e ascenso dentro del proceso permanente de avance revolucionario en un país nacionalmente ocupado se mueve siempre dentro de estas contradicciones insalvables que determinan grados de complejidad muy superiores a los que existen en la lucha de clases en un país que no sufre opresión nacional y/o que oprime a otros u otros pueblos. Desconocer estas profundas diferencias, creer que todas las luchas son idénticas, este error es, como hemos visto arriba, es típico de quienes han reducido el método marxista a una teoría abstracta.

En Euskal Herria hemos padecido diversos intentos de amoldar nuestras contradicciones específicas a las designadas como únicas y obligatorias por diversas teorías abstractas. De forma similar a las denominadas “religiones del libro”, también ha habido y aún sigue habiendo “marxismo del libro”, que no del método, es decir, diversos dogmas que giran alrededor de las divagaciones metafísicas sobre las revelaciones del libro sagrado, de modo que si la realidad no se adapta al dogma, peor para la realidad: el dogma revelado nunca se equivoca, la realidad sí. Tanto la crítica al supuesto etapismo gradualista del MLNV como a su interclasismo pequeño-burgués “demostrado” porque no recita las jaculatorias impuestas por la burocracia del partido dirigente.

En concreto, la dialéctica entre el programa mínimo y el máximo en nuestro pueblo se realiza mediante la conquista siempre insegura e incierta de reformas básicas que amplían las condiciones de avance a la independencia y al socialismo, como hemos explicado teóricamente antes. El establecimiento de unos mínimos democrático-burgueses, hoy negados, a partir de los cuales asentar la autoorganización popular, es algo muy importante para el futuro. Lo es tanto que la propia burguesía española se percató de ello, del peligro que latía y late en ese logro, y tras negociar con las burguesías periféricas y con el reformismo y las “izquierdas”, logró cortar de cuajo esa peligrosa conquista popular e imponer el actual marco institucional.

No es nada nuevo. Ya a finales del siglo XIX el gobierno imperial alemán era consciente de que en cada huelga obrera latía el socialismo, aunque esa huelga fuera derrotada; la ilegalización de la socialdemocracia alemana fue una respuesta a la posibilidad de que se reforzara la tendencia al socialismo que latía en las cada vez más frecuentes luchas populares. Pero casi un siglo antes, el gobierno británico sabía que el malestar obrero contra las nuevas máquinas expresado en su destrucción violenta, escondía la tendencia a una insubordinación que podía dar el salto a una insurrección, del mismo modo que a finales del siglo XVIII sabía que las simpatías populares hacia la revolución francesa y que el malestar en la marina de guerra en esa época podían terminar en una intentona revolucionaria.

Estos y otros muchos ejemplos muestran cómo la clase dominante es la primera en comprender el peligro latente en las pequeñas movilizaciones y en los logros que éstas pueden conseguir, aumentando las fuerzas y el optimismo ofensivo de las clases dominadas. Frente a este riesgo, la respuesta es frecuentemente el cerrar toda posibilidad de avance popular: así se hizo a finales de la década de 1970 en el Estado español cuando la crisis de poder fue resuelta gracias al reformismo y a las “izquierdas”. No es este momento para extendernos sobre qué pudo haber sucedido si se hubiera logrado la ruptura democrática, el derecho de autodeterminación, etc. Una de las grandes diferencias entre la lucha de la izquierda abertzale y la de las “izquierdas” españolas es que la primera no ha renunciado a la conquista de ese mínimo democrático imprescindible --recordemos los cambios profundos acaecidos en Portugal con la “revolución de los claveles” y la Constitución resultante, para hacernos una idea de lo que se pudo haber



conquistado en el Estado español-- , y sostiene que ahora, casi treinta años más tarde, es tanto o más imprescindible que entonces. Lo aquí dicho se comprende perfectamente recurriendo a la tesis de la actualidad de la revolución.

Conquistar ahora, en las condiciones actuales, lo que entonces se entendía por “ruptura democrática” en todas sus reivindicaciones es muy difícil tanto por los cambios estructurales del capitalismo como por el retroceso del movimiento obrero y revolucionario en el Estado. Bien es cierto que desde hace pocos años asistimos a la tendencia al alza de una nueva oleada de luchas, pero le falta aún mucho para llegar a la fuerza que entonces tuvo. Además, ahora el PSOE se ha adelantado al posible desarrollo de la crisis y está planteado determinadas reformas para evitar que ese desarrollo. Se puede decir que la mayoría de la burguesía española ha encontrado en el PSOE actual la fuerza política que entonces no encontraron, pese a los intentos de UCD, hasta realizar el gran pacto con el reformismo y las “izquierdas”. A comienzos del siglo XXI y ante los problemas tremendos a los que se enfrenta interna y externamente el capitalismo español, diferentes en buena medida a los de hace treinta años, la burguesía española cuenta con un bloque de partidos y sindicatos ya formado, cosa que entonces no tuvo de entrada y debió crear con sobornos, compras y amenazas.

No podemos cometer el error consistente en pensar que el capitalismo actual es el mismo en su forma que el de hace un tercio de siglo, manteniéndose su contenido. En el conjunto del Estado español no hay hoy por hoy condiciones sociales para forzar una transformación democrática profunda y radical que significara esencialmente lo mismo que la “ruptura democrática” de entonces. En Euskal Herria sí se puede avanzar en dos reivindicaciones centrales ya planteadas entonces y que siguen vigentes: el derecho de autodeterminación y la territorialidad vasca. La ley del desarrollo desigual y combinado explica perfectamente el por qué puede hacerse; la continuidad de la lucha diaria por las reformas cualitativas e inasimilables por el sistema se explica perfectamente por la teoría del contrapoder; y envolviéndolo todo, la permanencia de la praxis revolucionaria durante tantos años, realmente desde finales de 1950 con la aparición de ETA que no únicamente desde finales de 1970 con la aparición de la izquierda abertzale, se explica por la aceptación práctica del principio de la actualidad de la revolución.

Durante estos años miles de militantes abertzales y decenas de miles de simpatizantes y de personas demócratas y progresistas, hemos ido creando mal que bien, con enormes problemas y siempre bajo la represión permanente, una densa red obrera y popular, de masas, social y de grupos que, con sus diferencias obvias, defienden principios democráticos irrenunciables e imprescindibles. La izquierda abertzale es una parte más en esta marea en crecimiento con diversos grados de autoorganización interna, pero es una parte que se ha ganado la legitimidad y la credibilidad suficientes como para aparecer como la centralizadora del proceso entero. Centralizadora no quiere decir en modo alguno impositora sino generadora de propuestas, alternativas e ilusiones. Si la izquierda abertzale no hubiera aplicado con un mínimo de escrupulosidad la capacidad de respeto a y de propuesta y de crítica de las otros componentes de esa marea, si hubiese cometido ese error sectario y dirigista, no habiéramos llegado a la situación actual.

Todo lo dicho hasta ahora debemos, para ir acabando, contextualizarlo siempre dentro del panorama actual en los tres niveles antes citados: la lucha de clases interna en Euskal Herria, en los Estados español y francés, e internacionalmente. En los tres las contradicciones están exacerbándose reafirmando la dialéctica entre lo permanente, lo viejo y lo nuevo. Ya hemos hablado un poco sobre lo que pasa en nuestro pueblo. En el Estado español se están azuzando las dos grandes crisis que históricamente ha minado el poder de la burguesía española: la débil centralidad estado-nacional de dicha burguesía con el aumento de las reivindicaciones nacionales no españolas; y la lucha obrera y popular por mejoras de sus condiciones, que es una de las formas iniciales que anuncian la tendencia al endurecimiento de la lucha de clases: de

hecho, a comienzos en los cuatro primeros meses de 2006 el tiempo de trabajo perdido por huelga ascendieron a 7.701.673, o sea, un 3,6% de aumento sobre el mismo período de 2005. En el período citado de 2006 las huelgas aumentaron un 43,6% más que en el mismo de 2005.

A esta tendencia al alza de la lucha de clases hay que unir las advertencias cada vez más preocupadas sobre la proximidad de una brusca “desaceleración” económica al agotarse la economía del ladrillo, al imponerse definitivamente la casi incontenible deuda familiar, al no poder contenerse el déficit exterior, al no recortarse el creciente atraso tecnocientífico, etc.

El PSOE, como hemos dicho, de algún modo se ha adelantado, o mejor decir, no ha perdido apenas tiempo en lanzarse a intentar resolver definitivamente estos problemas estructurales que pudren periódicamente los cimientos del capitalismo español. Las reformas de los estatutos de autonomía en todo el Estado, y la política centro-derechista de negociación con la patronal y con el reformismo sindical para imponer otra reconversión económica, son dos medidas ilustrativas. La política reformista ha quedado confirmada parcialmente por las palabras, que no hechos prácticos, sobre una cercana ronda de conversaciones con ETA y, a otro nivel, con Batasuna, dentro de un proceso más amplio. Pero hay que decir que el PSOE no haría nada de lo que está haciendo si no estuviera presionado por las crisis estructurales que aquejan al capitalismo español y que van a ir en aumento si no son resueltas con cierta seriedad cuanto antes. Se trata de crisis internas al capitalismo español, desde luego, pero también azuzadas como nunca antes por el cambio del capitalismo mundial de una fase imperialista a otra también imperialista, más exacerbada aún que la anterior.

Por su parte, el Estado francés sufre una crisis específica de una gravedad desconocida ya que no se puede comparar con la crisis de mayo de 1968 ni con la crisis de Argelia ni tampoco con la de Vietnam, que afectó mucho menos a la estabilidad interna de este país. Ahora se conjugan e interactúan cinco crisis parciales: un estancamiento económico alarmante; una crisis de esclerotización estatal que le obliga a una tímida pero incierta descentralización administrativa; una crisis de legitimidad política no sólo por los casos de corrupción sino también por el distanciamiento enorme entre las masas y las instituciones políticas; una crisis de las opciones estratégicas de la burguesía francesa europeísta, que ha sido derrotada en el referéndum sobre la constitución europea y que ve la fuerza del neofascismo lepenista y su pretensión aislacionista, y, para rematarlo, una crisis social de fondo demostrada en las enormes movilizaciones contra la precarización y contra la segregación juvenil, movilizaciones que son la continuidad de una oleada iniciada hace una década.

Está claro que para la burguesía francesa la lucha del pueblo vasco es una pequeña preocupación comparada con las cinco vistas, pero puede convertirse junto a la lucha de corsos y de otros pueblos oprimidos en una sexta crisis que agravaría las restantes al replantear de forma nueva un problema que parecía resuelto no ya en las guerras de la Frontera, pero sí parcialmente en los primeros años de la revolución de 1789 y, sobre todo, a partir de los años de 1870 en adelante. En el siglo XX las dos guerras mundiales y las guerras de Viet Nam y Argelia han servido para mantener dormidas parcialmente muchas de las reivindicaciones nacionales no francesas, pero en las condiciones actuales y si no se toman medidas pueden empezar a converger en una nueva crisis que se suma a las restantes.

En cuanto al capitalismo mundial, no tenemos mucho que decir porque abundan los análisis al respecto y ya estamos cansados por estas largas respuestas a preguntas tan cortas. Simplemente, concluir diciendo que nos encontramos en una oleada de luchas a escala planetaria y que, como sucede siempre que sucede lo mismo, puede darse un efecto de impulso simpático entre esa oleada y la lucha revolucionaria vasca, de modo que sea más fácil y corta la distancia que separa al paso que ahora empezamos a dar en la fase de la resolución del conflicto y el

siguiente paso de movilizaciones masivas en la campaña autodeterminativa a favor de la independencia nacional dirigida por el pueblo trabajador.

La superación de la larga fase actual de lucha armada y de represión policíaco-militar puede significar el inicio del estancamiento de nuestro proceso revolucionario si y sólo si nosotros no estamos a la altura de las circunstancias. Quiere esto decir que perderemos no porque nos hayan vencido militarmente sino porque nosotros hemos errado políticamente. Hay que partir del hecho incuestionable de que, si llegamos a esa fase nueva, se habrá certificado el fracaso de la estrategia represiva policíaco-militar española, es decir, que la burguesía española ha vuelto a perder otra guerra a la vez interna y externa. No hay que pensar mucho para concluir en que, de no cometerse errores incomprensibles, esa victoria será una tremenda inyección de moral de victoria.

Ahora bien, con el inicio de la nueva fase aparecerán problemas nuevos que podemos sintetizar muy brevemente como sigue: hasta acabar la primera fase, la de la confrontación armada, la brutalidad de la represión policíaco-militar era tan patente que no hacía falta tener una clara conciencia teórico-política de lo que en verdad es el capitalismo. Sí hacía falta una determinada conciencia para luchar y para hacerlo tan bien, pero esta venía facilitada por la larga acumulación de experiencias y de legitimidad realizada durante varias generaciones, como mínimo desde 1936 en adelante. Con los años, el pueblo trabajador creó esa enorme red de resistencia y de inicios de la fase de construcción nacional, pero no necesitó responder a los nuevos retos y a las nuevas formas de explotación interna inherentes al capitalismo en cuanto tal. Tales formas siempre han funcionado y muchas veces con extrema dureza, pero estaban relativamente ocultas por la sobredeterminación de las otras formas más brutales y explícitas de la represión policíaco-militar.

Desaparecida ésta o atenuada casi al completo, reaparecerá en la superficie diaria y bien visibles las otras formas de sorda coerción del Capital sobre el Trabajo, especialmente si el proceso revolucionario sigue aplicando la práctica del contrapoder. Entonces lo más probable es que asistamos a un triple tendencia: Una, aumento de las formas de alineación y detichización insertas en la subsunción real, o sea, al aumento del poder de entontecimiento ideológico del capitalismo al operar libremente sus mecanismos de integración y desintegración sobre una clase trabajadora que ya no padecerá la anterior violencia represiva policíaco-militar; enfrentarse a estos mecanismos de alineación, que además van a ser azuzados y potenciados por la burguesía en su conjunto y por el Estado español, va a exigir una especial concienciación teórico-política de la militancia abertzale así como una mejor y masiva práctica del contrapoder y de todo lo que significa.

Otra, simultáneamente, tendencia al endurecimiento del choque entre identidades nacionales, es decir, entre el sentimiento nacional euskaldun que camina a la independencia y los esfuerzos españoles y franceses por reforzar sus respectivos bloques sociales de apoyo para evitar que crezca el independentismo, para derrotarlo en un referéndum de autodeterminación, o en todo caso, para desarrollar una “identidad cosmopolita y europeísta”, “moderna” que no arrastre las cadenas reaccionarias del nacionalismo español; en esta tarea de frenar la conciencia nacional vasca tendrán una función decisiva las burguesías autonomistas y regionalistas vascas.

La tensión a la que nos referimos se producirá dentro mismo de la dialéctica entre reforma y revolución, para lograr que las reformas se queden en reformas integradas y desactivadas, y sean un apuntalamiento del capitalismo estatal y vasco, mientras que todo indica que la conciencia nacional vasca será, de nuevo, la que impulse el salto de las reformas a la revolución mediante la generación del contrapoder y su transformación en poder popular. Va a ser decisiva en este sentido la capacidad de la izquierda abertzale para atraerse a la masa trabajadora con poca conciencia vasca o con conciencia mixta, vasco-española y vasco-francesa, lo que nos

lleva a lo arriba visto sobre las “clases medias”, y sobre cómo interesar en el socialismo a la pequeña burguesía neutralizando a sectores de la burguesía.

Además, por último, tendencia al aumento de la represión del contrapoder, de las reformas no integrables por el sistema, de modo que vaya surgiendo una nueva forma de autodefensa popular y obrera. Hasta ahora, durante la larga fase de lucha armada y de represión policíaco-militar, la autodefensa era muy mayoritariamente violencia política, pero conforme la lucha de clases aumente tenderá a ser violencia directamente clasista. Es cierto que ésta nunca ha desaparecido y que parte de la anterior violencia política defensiva tenía una esencia clasista, pero en la “nueva” la lucha de clases no sólo aparecerá cruda y directa sino que será una “nueva” lucha de clases tanto por las transformaciones en el capitalismo y en sus mecanismos de explotación y disciplina, como por el contexto sociopolítico nuevo en el que se va a librar.

Y no pasará mucho tiempo para que esa “nueva” lucha de clases sea a la vez “nueva” lucha independentista dado que, si las tendencias se materializan según estas hipótesis, las fuerzas reformistas de todos los pelajes y las fuerzas claramente conservadoras y reaccionarias, que las hay ahora mismo y que intentarán movilizar sus bloques sociales de apoyo, optarán abiertamente por seguir dentro del Estado español y dentro de su capitalismo. De este modo, se llegará al antagonismo irreconciliable entre, por un lado, la independencia y el socialismo y, por otro lado, el Estado reformado y el capitalismo. Sin embargo, a diferencia de la fase anterior en la que dominaba el contenido endógeno y particular de la lucha, en esta nueva fase estará definitivamente claro que la lucha revolucionaria de clases en Euskal Herria estará ya dentro de la lucha de clases internacional y en concreto europeo, manteniendo aún así su especificidad propia.

Esta dialéctica no hará sino acrecentar la importancia objetiva del independentismo socialista, el único auténticamente válido, porque puede ocurrir que las burguesías opten por una pseudo independencia formal que en realidad oculte una dura neocolonización económica interna. La lucha de clases habrá entrado, por tanto, en una nueva fase para la que ya nos tenemos que ir preparando y en la que la consigna de los revolucionarios latinoamericanos de “Patria o Muerte, Venceremos” será también la nuestra.

*EUSKAL HERRIA*  
9-06-2006.